

LAS BRUJAS DE ATOX

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

Año 2090.

La gigantesca astronave comercial, *La Reina del Espacio*, surcaba majestuosamente la inmensidad del cosmos en un fantástico crucero espacial de tres meses de duración con escala en varios planetas habitados. Desde hacía algunos años estaban de moda estos viajes, y eran numerosas las astronaves que partían de la Tierra para recorrer el espacio sideral.

Todo parecía transcurrir sin incidentes mientras por el pasillo de una de las cubiertas un joven camarero, portando una bandeja con hielo y una botella de champaña de la mejor calidad, se dirigía al camarote 899 para hacer entrega del mismo a la atractiva y adinerada pasajera…

Joseph Berna

Las brujas de Atox

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 501

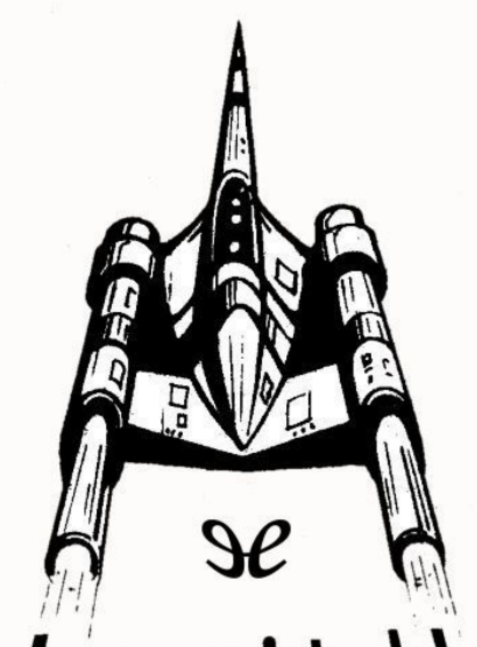
ePub r1.0

Titivillus 12.04.2020

Título original: *Las brujas de Atox*
Joseph Berna, 1980
Cubierta: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





La conquista del ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

La Reina del Espacio, gigantesca astronave comercial, surcaba majestuosamente la inmensidad del cosmos, en un fantástico crucero espacial de tres meses de duración, con escala en varios de los planetas habitados por seres terrestres, tanto en el sistema solar como fuera de él.

Desde hacía algunos años, los cruceros espaciales estaban de moda, y ahora, en el año 2090, eran numerosas las astronave que partían de la Tierra a recorrer el espacio sideral, en viajes de distinta duración y con más o menos pasajeros a bordo.

La Reina del Espacio era, sin duda ninguna, la mejor de todas ellas.

La de mayor capacidad.

La de más bello diseño.

La más lujosa.

Y la más veloz, también.

Realizar un crucero espacial en ella era como un sueño que no todo el mundo podía ver hecho realidad, porque, lógicamente, los pasajes eran muy caros, y solo estaban al alcance de quienes disfrutaban de una economía saneada.

Kevin Shore, camarero de *La Reina del Espacio,* un joven de veinticinco años de edad, pelo castaño y facciones simpáticas, pulsó el timbre del camarote 899, utilizando la mano izquierda, porque con la derecha sostenía la bandeja, en la que portaba una botella de champaña de la mejor calidad, metida en un cubo repleto de trozos de hielo, y un par de copas de cristal tallado, preciosas de verdad.

Algunos segundos después, la puerta del camarote se entreabría y un rostro femenino, sumamente atractivo asomaba por el hueco.

—¿Ingrid Gold…? —preguntó Kevin, con una afable sonrisa en los labios.

—Sí, yo soy —asintió la joven que ocupaba el camarote 899, la cual parecía ocultar deliberadamente su cuerpo tras la puerta, sin duda porque iba muy ligera de ropa.

—Esto es para usted, señorita Gold.

—¿El qué?

—La botella de champaña.

El bello rostro de Ingrid Gold, que aparentaba unos veintidós años de edad, enmarcado en una maravillosa cabellera plateada, que despedía continuos destellos, denotó sorpresa.

—Yo no he pedido nada —murmuró.

—Lo sé, señorita Gold. Se trata de un obsequio —explicó Kevin Shore.

—¿Un obsequio…? —parpadeó la joven.

—Sí.

—¿De quién?

—El caballero que se lo manda prefiere mantener en secreto su identidad por el momento, señorita Gold.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No la quiero.

—¿Qué?

—La botella de champaña, que no la quiero.

—Pero…

—Yo no acepto obsequios de desconocidos, dígaselo al caballero —rezongó Ingrid Gold, y cerró la puerta.

Kevin Shore se quedó quieto como una estatua, permaneciendo así casi un minuto sin saber qué hacer, hasta que por fin levantó la mano zurda y pulsó el timbre de nuevo.

La puerta no tardó en abrirse un palmo.

—¿Otra vez usted? —gruñó la hermosa joven, asomando solamente el rostro, como antes.

Kevin carraspeó.

—Todavía no me he ido, señorita Gold.

—¿Y a qué espera?

—Verá, es que si le digo al caballero que usted no quiso aceptar la botella de champaña, se va a llevar una gran desilusión…

—Pues que se la lleve, no me importa.

—A mí sí.

—¿Por qué? A usted ni le va ni le viene.

—El caballero pensará que no supe cumplir su encargo con el debido tacto, y me echará las culpas a mí, ya lo estoy viendo.

—¿Usted cree…?

—Seguro.

—Vaya problema.

—Tiene una fácil solución, señorita Gold. Acepte usted el champaña.

—Lo siento, no puedo.

—El caballero no actúa con mala intención, se lo aseguro.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Por su cara.

—¿Cómo es?

—Noble, franca, simpática…

—¿Se fiaría usted de él, si estuviera en mi lugar?

—Oh, sí, desde luego.

—Está bien, aceptaré el champaña —sonrió por primera vez Ingrid Gold, mostrando unos dientes blanquísimos.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señorita Gold —sonrió también Kevin.

—Que conste que lo hago por usted.

—Lo sé; por eso mi agradecimiento es mayor.

—Espere un momento que me ponga la bata —rogó la joven—. Voy en camisón, y es bastante atrevido.

—¿Se había acostado ya?

—Sí.

—Oh, cuánto lo siento.

—No se preocupe. Estaba leyendo en la cama, no tenía sueño.

—Esperaré a que se ponga la bata, señorita Gold.

—Es solo un minuto.

—No tengo ninguna prisa, este es mi último servicio de la noche.

—¿Acabó ya su turno?

—Así es.

—Me alegro por usted —sonrió la muchacha, y desapareció, aunque la puerta siguió entreabierta.

Kevin Shore esperó, visiblemente contento.

Pocos segundos después, la puerta se abría totalmente e Ingrid

Gold, envuelta en una bata brillante, le invitaba a entrar.

—Adelante.

—Gracias —sonrió Kevin, penetrando en el camarote, amplio y confortable, como todos.

Depositó la bandeja sobre la baja mesa de grueso vidrio que había delante del largo sofá.

Ingrid, que seguía junto a la puerta de su camarote, preguntó:

—¿Por qué trajo dos copas?

—El caballero pensó que tal vez usted, agradecida por su gentileza, le invitase a beber en su compañía; señorita Gold —explicó Kevin.

—Oh, no, eso sí que no —exclamó la joven, cerrando la puerta de golpe, como si temiera que el misterioso sujeto que le había obsequiado la botella de champaña se colara en su camarote.

—Le repito que el caballero no actúa con mala intención…

—Aunque fuera el hombre más santo de todo el Universo.

—Se va a poner muy triste, cuando le diga que usted no desea invitarle a venir a su camarote.

—Pero de eso no le echará las culpas a usted…

—Quién sabe.

Ingrid Gold dio un suspiro y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Cómo se llama usted?

—Kevin; Kevin Shore.

—Respóndame con sinceridad, Kevin. ¿Cree usted que debo invitar a mi camarote a un tipo que no conozco, y recibirle en bata, además?

El joven se tironeó el lóbulo.

—Si se tratara de alguien en quien no se puede confiar, le respondería que no, pero, como ya le he dicho…

—Kevin, nadie regala nada por nada. Si el tipo me obsequia con una botella del mejor champaña es porque espera obtener algo de mí, a cambio.

—Su amistad.

—Algo más que eso, me temo.

—Le aseguro que no. Al menos, por el momento. Le gusta usted, eso es evidente, y encuentro lógico y natural que trate de conquistarla; pero abierta y noblemente, sin valerse de sucias tretas. Que lo consiga o no, ya no depende de él, sino de usted, que

también puede sentirse atraída hacia él…, o no gustarle, y entonces…

—¿Cree usted que me gustará, Kevin?

—Bueno, yo no soy mujer, no sabría decirle… —carraspeó el joven.

—¿Es rubio o moreno?

—Tiene el pelo castaño, creo.

—¿Es alto?

—Como yo, poco más o menos.

—¿Cuánto mide usted, Kevin?

—Un metro setenta y nueve.

—No está mal. ¿Y pesa…?

—Setenta y ocho kilos, en traje de ducharse.

—Guarda proporción con su estatura. ¿Ocurre igual con el tipo?

—Sí, creo que sí. Debe pesar unos ochenta kilos, en bruto.

—¿De aspecto sano?

—Sanísimo. Rebosa vitalidad y energía, se advierte a la primera mirada. Si fuera caballo, sería de carreras, y yo apostaría por él.

Ingrid Gold rio el jocoso comentario de Kevin Shore.

—Creo que si me gustará.

—¿Le digo al caballero que venga, señorita Gold?

—Sí, voy a recibirle —accedió la joven—. Pero quiero pedirle un favor, Kevin.

—Si está en mi mano, cuente con ello, señorita Gold.

—Quiero que se quede usted junto a la puerta de mi camarote, y si el tipo resulta ser menos noble de lo que parece, gritaré y usted irrumpirá en el camarote.

Kevin Shore compuso una mueca.

—Cuánto me gustaría complacerla, señorita Gold, pero me temo que no va a poder ser.

—¿Por qué, Kevin?

—Como le dije antes, este es mi último servicio de la noche, y en cuanto lo haya cumplido tengo que ir corriendo a cambiarme de ropa. Me espera una chica, ¿sabe?

—Oh…

—Es una joven encantadora, que cada día que pasa, me gusta más.

—Y usted también a ella, supongo…

—No lo sé, pero pienso salir de dudas esta noche.

—¿Todavía no se ha declarado a ella?

—No, aún no.

—¿Es usted un joven tímido, Kevin?

—No, no es eso. Sucede que la muchacha no solo es preciosa, sino adinerada, como todos los que realizan este carísimo crucero espacial, y como yo soy un simple camarero, temo que me dé calabazas.

—Si la chica le rechaza por eso, no es digna de su amor.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio.

—¿Aceptaría usted a un vulgar camarero, señorita Gold?

—Si estuviera enamorada de él, desde luego que sí. Entre otras cosas, porque yo no soy una joven adinerada.

—¿No…? —pareció sorprenderse mucho Kevin.

—Soy una simple secretaria, que tuvo la suerte de ganar un concurso de belleza organizado por unos grandes almacenes, y cuyo premio era este maravilloso crucero espacial —explicó Ingrid.

—¡Qué sorpresa tan agradable!

—¿De veras se alegra usted que no sea una joven adinerada, Kevin…?

—¡Oh, no! —tosió el joven—. Lo que me alegra es que ganara usted ese concurso de belleza, señorita Gold. El jurado supo elegir, no hay duda.

Ingrid Gold sonrió encantadoramente.

—Es usted muy amable, Kevin.

—¿Recibirá al caballero, aunque yo no pueda hacer guardia en la puerta?

—Sí, lo recibiré. Si las cosas se ponen feas, creo que sabré defenderme sola.

—No se pondrán feas, esté tranquila.

—Mejor así.

—Voy en busca del caballero, señorita Gold.

—Y luego, en busca de esa chica que tanto le gusta.

—Eso es.

—Si ella no le acepta, es tonta.

—Qué amable es usted, señorita Gold.

—Váyase, Kevin, no pierda más tiempo.

—Sí, ya me he entretenido demasiado.

Kevin Shore salió del camarote.

Antes de que Ingrid Gold cerrara la puerta, dijo:

—Deseo que pase usted una agradable velada con ese caballero, señorita Gold.

—Con que sea la mitad de simpático que usted, me conformo —sonrió la joven.

—En ese aspecto me gana, ya lo verá.

—Buenas noches, Kevin. Y suerte con la chica de sus sueños.

—Gracias, señorita Gold.

Kevin echó a andar por el corredor, con paso rápido.

Ingrid cerró la puerta.

Mientras esperaba la llegada del caballero que le enviara la botella de champaña, encendió un cigarrillo.

Había consumado ya la mitad de él, cuando sonó el timbre.

Ingrid aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero y acudió a abrir, quedando absolutamente desconcertada al ver que era Kevin Shore quien aguardaba en el corredor.

Y su desconcierto aún fue mayor cuando el joven, que ya no vestía su uniforme de camarero, sino un brillante traje de color rojo oscuro, de una sola pieza, le entregó el precioso ramo de rosas qué portaba en las manos, diciendo:

—Para usted, Ingrid.

CAPÍTULO II

Ingrid Gold, tras un par de intentos fallidos, en los que solo consiguió mover los labios, logró balbucear:

—¿Qué… qué significa esto, Kevin…?

—Que usted es la chica de mis sueños, Ingrid —respondió Kevin Shore, exhibiendo su mejor sonrisa.

—¿Y la otra, la adinerada…?

—No existe ninguna otra, Ingrid. Al menos, para mí.

—¿Tampoco existe el misterioso caballero que…?

—Tampoco. La botella de champaña la pagué yo. Y no me avergüenza confesar que, entre el champaña y las rosas, se me fueron casi todos los ahorros. Pero ha valido la pena, ya lo creo que sí.

Ingrid Gold sintió que la emoción la embargaba, y le costó un gran esfuerzo no exteriorizarla.

—No sé si darle las gracias o un par de sonoras bofetadas, Kevin.

—Sinceramente, no creo merecer ni lo uno ni lo otro —carraspeó el joven.

—Me tomó usted el pelo, Kevin.

—Oh, no diga eso.

—Me tragué el cuento del misterioso caballero.

—No era un cuento, sino un pretexto para presentarme en su camarote y entablar conversación con usted. Recuerde que yo pensaba que usted era una joven adinerada, y…

—Le confesé que soy una simple secretaria, pero usted siguió con la farsa.

—Quise darle una sorpresa.

—Y me la ha dado. Vaya si me la ha dado.

Kevin Shore puso cara de niño bueno.

—¿Está enfadada conmigo, Ingrid?

—Sí —mintió la joven.

—¿Mucho?
—Bastante.
—No obré con mala intención, se lo aseguro.
—Por su bien, espero que no.
—Solo quería hablar con usted, saber cómo es y cómo piensa, antes de confesarle que me gusta con locura, Ingrid.
—¿Desde cuándo?
—Desde que salimos de la Tierra.
—Hace ya quince días de eso.
—Lo sé.
—¿Por qué tardó tanto en…?
—No me atrevía a hablarle, y usted ya sabe por qué.
—Porque creía que yo era rica.
—Sí.
Ingrid Gold sonrió.
—Pase usted, Kevin.
—¿De veras no le importa?
—Mientras se comporte usted como un caballero, no.
—No le daré motivos para echarme del camarote, se lo prometo.
—Adelante, pues.
Kevin entró en el camarote e Ingrid cerró la puerta.
—Siéntese, Kevin —invitó la muchacha, mientras ponía las rosas en un artístico jarrón.
—Gracias —sonrió el joven, y se acomodó en el sofá.
—Puede abrir la botella.
—¿No se sienta usted, Ingrid?
—Si, claro —respondió ella, sentándose también en el sofá.
Al hacerlo, la bata se le entreabrió, y sus maravillosas piernas quedaron por un instante al descubierto.
—No le quite ojo a la botella, Kevin —dijo irónicamente Ingrid, al notar que la mirada del joven se posaba en sus muslos, que ella cubrió, cerrándose la bata.
—Oh, sí, la botella —tosió Kevin, y reanudó la tarea de descorcharla.
Unos segundos después, el tapón saltaba con fuerza y el espumeante líquido asomó por la boca de la botella.
Kevin llenó rápidamente las copas y ofreció una a Ingrid.
—¿Por qué brindamos? —preguntó a la joven.

—Por nuestra amistad —respondió Ingrid, con algo de ironía—. Es lo único que usted espera obtener de mí por el momento, ¿no?

—Cierto —asintió Kevin.

—Pues hale, brindemos por eso.

Hicieron entrechocar las copas e ingirieron sendos sorbos de champaña.

—Está delicioso, ¿eh, Kevin?

—No tanto como usted.

—Si empieza con los piropos, le echo del camarote.

—¿Le molesta que alaben su belleza, Ingrid?

—Usted, sí.

—¿Por qué?

—Lo considero un tipo peligroso.

—¿Peligroso, yo…?

—Es alto, atlético, agradable, simpático… Podría conseguir muchas cosas de mí, si logra ponerme tierna con sus palabras.

—Me conformaría con un beso.

—Es pronto para eso.

—¿También para tutearnos?

—No, eso sí podemos hacerlo.

—Podríamos hacer tantas cosas…

—¿Por qué miras la cama?

—¿Quién está mirando la cama?

—Tú, no disimules ahora.

—Te equivocas, Ingrid.

—A la menor insinuación de acostarnos juntos, te sacudo, ya lo sabes.

Kevin sonrió.

—No te fías de mí, ¿eh?

—Ni un pelo.

—Haces mal, Ingrid.

—¿De veras?

—He venido con la mejor de las intenciones.

—Pues sigue así, y todo irá bien.

—No puede ir bien si continúas desconfiando de mí.

—Gastaste casi todos tus ahorros en el champaña y las rosas, y me cuesta creer que fuera por nada.

—No fue por nada, Ingrid, puesto que estoy aquí, en tu

camarote, conversando contigo. Era lo que yo deseaba.

—Deseas más cosas, no lo niegues. Hace un momento me pediste un beso.

—Pero tú no quisiste dármelo, y yo no insistí.

—Menos mal, porque mi resistencia hubiera flaqueado, estoy segura.

—¿Te gusto, Ingrid?

—Bastante.

Kevin le rodeó los hombros con su brazo izquierdo y la atrajo suavemente hacia sí.

—¿Vas a besarme, Kevin?

—Sí.

—¿Sin mi permiso?

—Tú lo deseas tanto como yo, Ingrid.

—Es verdad, pero preferiría que no lo hicieras.

—¿Por qué?

—Después del beso vendrán otras cosas.

—No sucederá nada que tú no desees que suceda.

—Eso es lo que me da miedo, que a lo mejor yo lo deseo.

—Ingrid…

—Kevin…

Sus bocas se unieron.

Largamente.

Apretadamente.

Profundamente…

La mano de Kevin se deslizó por la abertura de la bata y acarició suavemente los muslos femeninos.

Ingrid apretó las rodillas, temiendo que la mano masculina buscara su intimidad, pero no fue así.

Cuando separaron sus bocas, para darse un respiro, la joven preguntó:

—¿Dominas el beso anestésico, Kevin?

—¿El beso qué…?

—Anestésico.

Kevin rio.

—Ni siquiera sabía que existiera —respondió.

—Pues a mí me está entrando sueño.

—¿Es una manera muy sutil de decirme que estás de acuerdo en

que te lleve a la cama?

—Te equivocas. Es verdad que tengo sueño, Kevin. Me estoy durmiendo…

Y debía de ser cierto, porque se le cerraban los ojos. Incluso se le escapó un bostezo.

Kevin, ligeramente molesto, gruñó:

—¿Tan sosa es mi forma de besar y de acariciar?

—No, pero… ¡Kevin! —gritó de pronto la joven, separándose bruscamente de él.

Kevin Shore la miró, extrañado.

—¿Qué te sucede, Ingrid…?

—¡El champaña!

—¿Qué le pasa al champaña?

—¡Le echaste una droga, para anular mi voluntad!

—¿Que yo qué…?

—¡Eres un miserable, Kevin! ¡Me has drogado, para poder abusar tranquilamente de mí!

—¡No sabes lo que dices, Ingrid!

La joven trató de ponerse en pie, pero se le doblaron las rodillas y se derrumbó sobre el alfombrado suelo.

La bata se le abrió, dejándola con las piernas al aire, hasta muy arriba. Tan arriba, que asomó el cortísimo camisón de encaje, color lila, y el exiguo pantaloncito que hacía juego con él.

Kevin, alarmado, saltó del sofá como impulsado por un resorte, con intención de ayudar a la muchacha a incorporarse.

—¡No te acerques, canalla! —rugió ella, mostrándole las uñas.

—¡Ingrid!

—¡Si me tocas, te saco los ojos!

Kevin iba a insistir en que él no le había echado droga alguna en el champaña, cuando, de pronto, se dio cuenta de que también a él le estaba entrando sueño.

Un sueño dulce, profundo, como provocado, efectivamente, por una droga, y que le fue dejando sin fuerzas.

—Ingrid… —musitó, derrumbándose sobre el sofá, porque las piernas se negaban a sostenerle.

—Cerdo… —rezongó Ingrid Gold, un par de segundos antes de quedarse profundamente dormida.

Muy poco tiempo después, Kevin Shore quedaba sumido

también en el profundo pozo de la inconsciencia.

CAPÍTULO III

Quizá porque también fue la primera en quedarse dormida, Ingrid Gold fue la primera en despertar.

Pero la joven no estaba muy segura de que hubiese despertado.

Más bien pensaba que seguía bajo los efectos de la maldita droga que el no menos maldito de Kevin Shore le había puesto en el champaña.

Porque Ingrid no tenía la menor duda respecto a eso.

Había sido drogada por Kevin.

Y drogada debía continuar, seguro, porque de lo contrario no vería las cosas tan absurdas que estaba viendo ahora.

O creía estar viendo, al menos.

Un cielo rojizo, como amenazando una terrible tormenta de aire.

Numerosos árboles, altos y extraños, cuyas ramas no se movían lo más mínimo.

Y lo más sorprendente de todo: un templo.

Grande.

Antiguo.

Siniestro…

Sí.

Estaba viendo visiones, por culpa de la droga.

Ella se encontraba en el camarote 899 de *La Reina del Espacio*, y no podía ver cielos rojizos, árboles extraños, ni templos siniestros, así que lo más sensato era esperar pacientemente a que los efectos de la droga pasasen y pudiera ver las cosas tal y como realmente eran.

El techo de su camarote…

El sofá…

La cama…

Por cierto, ya que pensaba en la cama. No se encontraba sobre ella, sino en el suelo.

¿Habría sido capaz el reptil de Kevin de abusar de ella en el mismo suelo del camarote…?

¿Ni siquiera tuvo la delicadeza de ponerla sobre la cama, antes de…?

A lo mejor es que no había podido esperar, el muy hijo de…

Ingrid no quiso soltar mentalmente el taco, porque la madre de Kevin no le había hecho nada, y no tenía por qué ofenderla.

Claro que, por muy santa que fuera la señora, Kevin era un hijo de cincuenta padres.

Lo que había hecho con ella…

De pronto oyó musitar su nombre:

—Ingrid…

La joven respingó en el suelo.

¡Era la voz de Kevin!

¡Se había quedado en el camarote, después de cometida la fechoría!

¡Sin duda quería gozar de ella nuevamente!

Ingrid lo buscó con la mirada.

Una mirada fiera.

Salvaje.

Relampagueante.

Kevin Shore estaba sentado en el suelo, a menos de un par de metros de ella.

—¡Kevin, buitre! —rugió Ingrid, irguiéndose de un salto y arrojándose sobre él como una pantera rabiosa.

Kevin, que no se esperaba aquello, no acertó a reaccionar, e Ingrid lo tumbó de espaldas, quedando ella montada sobre él, en plan jinete.

—¡Te voy a arrancar los ojos, hiena! —barbotó la enfurecida muchacha.

Y lo intentó.

Menos mal que Kevin le sujetó las muñecas a tiempo, impidiendo que las uñas femeninas, afiladas como puñales, alcanzaran su objetivo.

—¿Te has vuelto loca, Ingrid…?

—¡Te voy a destrozar la cara a dentelladas! —fue la respuesta de la joven.

Y lo intentó, también.

Como los dientes de Ingrid eran más difíciles de frenar, Kevin hizo girar su cuerpo con brusquedad y tumbó a la muchacha, sobre la cual se montó rápidamente, inmovilizándola contra el suelo.

Lo único que Ingrid podía hacer era patalear.

Y lo hizo, claro.

Con terrible furia.

—¡Cálmate, Ingrid! —rogó Kevin.

—¿Que me calme, cuando sé que vas a violarme otra vez, víbora?

—¿Violarte…?

—¡Sigo estando bajo los efectos de la droga que me echaste en el champaña, pero despierta, y te lo voy a poner de lo más difícil, rata asquerosa!

—¡Ingrid, por favor!

—¡Como logre colocar una de mis rodillas entre tus muslos, vas a saber lo que es bueno! ¡No podrás abusar de una mujer en un mes, por lo menos!

—¡Deja ya de decir tonterías, maldita sea! ¡Yo no eché ninguna droga en el champaña, y no he abusado de ti! ¡Me entró sueño, como a ti, y también me quedé dormido!

Ingrid Gold, el rostro bañado de sudor a causa del terrible forcejeo, quedó súbitamente quieta.

—¿Que tú también…?

—Sí, Ingrid; yo también.

—Entonces, ¿quién echó en el champaña la droga que…?

—No creo que hubiera ninguna droga en el champaña, Ingrid. Fue otra cosa, mucho más poderosa, la que nos provocó aquel extraño y profundo sueño. ¿No te has dado cuenta de que ya no estamos en *La Reina del Espacio*?

—Kevin… —pronunció la joven, con un hilo de voz.

—Es cierto, Ingrid. Ignoro quién y cómo, pero nos han sacado de la astronave y dejado en este extraño lugar, frente a ese antiguo templo…

—¿Mientras dormíamos?

—Sí.

—¿Por qué a nosotros? ¿Y para qué?

—Ojalá lo supiera.

—Dios mío… —se estremeció la muchacha, cuyos ojos se

cerraron un instante.

Kevin, todavía sobre ella, le soltó las muñecas y le acarició el rostro.

—No tengas miedo, Ingrid. Si alguien intenta hacerte daño, tendrá que vérselas conmigo, y solo matándome conseguirán llegar hasta ti.

La joven abrió los párpados.

—Kevin… —musitó, y le echó los brazos al cuello, abrazándose a él con fuerza.

—Vamos, tranquilízate.

—Bésame, Kevin —pidió Ingrid.

Kevin la besó.

Luego se miraron a los ojos.

—Los de Ingrid estaban húmedos.

—Perdóname, Kevin.

—¿Por qué?

—Por haber creído que habías echado una droga en el champaña, y que habías abusado de mí, aprovechándote de mi estado de inconsciencia…

—Yo nunca haría una cosa así, Ingrid. Y menos contigo. Estoy enamorado de ti, tú lo sabes.

—Yo tampoco tardaré en estarlo de ti, ya verás. Incluso puede que lo esté ya.

Kevin volvió a besarla; esta vez, sin que ella se lo pidiera.

Ingrid se entregó de lleno a la caricia.

De pronto, se escuchó un rugido.

Lejano.

Extraño.

Estremecedor…

Kevin levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso, Kevin…? —musitó Ingrid, asustada.

—No lo sé. Puede que se trate de algún animal, pero yo no veo nada.

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras de Kevin Shore cuando se escuchó un nuevo rugido, igualmente extraño, pero mucho más cercano, por lo que también resultó mucho más estremecedor.

—¡Kevin! —gimió Ingrid, aterrada.

Kevin se irguió con prontitud y tomó la mano de la muchacha.

—¡En pie, Ingrid! ¡Rápido!

La joven se incorporó, pálida y temblorosa.

En aquel preciso instante, un tercer rugido resonó en el lugar, y esta vez, el autor de los mismos se dejó ver, surgiendo de entre los árboles.

Ingrid Gold quiso gritar, pero no le salió la voz.

Se había quedado muda de espanto.

CAPÍTULO IV

También a Kevin Shore se le había erizado la piel, al ver aparecer a la bestia.

Una bestia enorme.

Aterradora.

Alucinante…

Tenía el cuerpo redondo, negro y brillante, dividido en dos partes bien marcadas, que científicamente habría que denominar cefalotórax y abdomen. Cuatro pares de patas; larguísimas, escalofriantes. En su parte anterior, o cefalotórax, tenía la boca, terrorífica, y un par de quelíceros, muy largos y terminados en pinzas, con los que el monstruoso ser debía atrapar a sus víctimas, cuando las descubría con sus horribles ojos compuestos.

A primera vista, el bicho parecía una araña, solo que increíblemente desarrollada y feroz.

Esto último se puso de manifiesto en seguida, pues apenas descubrir la presencia del par de seres terrestres, la horripilante bestia fue directa hacia ellos, moviendo velozmente sus ocho patas y abriendo y cerrando las temibles pinzas de sus quelíceros.

Ingrid Gold estaba a punto de desvanecerse de pánico, y seguramente le hubiera ocurrido eso de no ser porque Kevin Shore tiró de ella con brusquedad, al tiempo que gritaba:

—¡Corramos, Ingrid!

La joven corrió, pero el terror había dejado sus piernas débiles y torpes, y no tardaron en fallarle, haciéndola caer al suelo.

Kevin la levantó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Sigue corriendo, Ingrid!

—¡No puedo, Kevin! ¡Tengo las piernas como dormidas, me volveré a caer!

Kevin giró la cabeza.

La gigantesca araña seguía avanzando hacia ellos, con rapidez, y

soltando aquellos espantosos rugidos.

Kevin, temiendo que Ingrid, efectivamente, se cayera de nuevo, la tomó en brazos y echó a correr con ella, hacia el antiguo templo, cuya puerta, en forma de arco, permanecía cerrada.

¿Habría alguien en él?

Kevin confiaba en que sí, y que ese alguien les abriera la puerta y les permitiera refugiarse en el templo, antes de que la espeluznante bestia los destrozara con sus poderosas pinzas.

Alcanzaron el templo.

La puerta tenía una pesada aldaba, y Kevin la levantó y la dejó caer, por tres veces consecutivas.

Ingrid, por encima del hombro del joven, veía cómo la monstruosa araña se acercaba veloz.

—¡La bestia nos va a atrapar, Kevin!

Kevin Shore volvió la cabeza.

Efectivamente, el animal estaba ya a menos de diez metros, era solo cuestión de segundos que cayese sobre ellos y los devorase con su bocaza.

Y la puerta del siniestro templo sin abrirse.

O no había nadie en él, o no querían dejarles entrar.

Kevin, que seguía llevando en brazos a Ingrid, echó a correr de nuevo.

Hacia su derecha.

La araña gigante los persiguió, sin dejar de lanzar rugidos.

Junto al tronco de uno de los árboles, Kevin descubrió un palo.

Largo.

Grueso.

Y con uno de sus extremos afilado.

Parecía una lanza primitiva.

Lo fuera o no, Kevin se dijo que con aquello se podía hacer frente, con alguna posibilidad de éxito, al espantoso ser que les pisaba los talones, y sin dudarlo un segundo más, dejó a Ingrid en el suelo.

—¡Kevin! —chilló ella, que no entendía por qué el joven se paraba de pronto y la depositaba en el suelo.

Kevin la tomó por la cintura y la aupó todo lo que pudo, indicando:

—¡Trepa al árbol, Ingrid! ¡Ahí arriba estarás a salvo!

—¿Y tú…?

—¡Voy a hacer frente a la bestia!

—¡No seas loco, Kevin! ¡Te destrozará!

—¡Arriba, de prisa! —apremió Kevin, empujándola ahora por el trasero.

Ingrid trepó hasta una rama que se hallaba a unos dos metros y medio del suelo, y allí quedó, enganchada como un mono.

Kevin tomó velozmente el palo, por el extremo no afilado, y esperó valerosamente a la gigantesca araña.

No tuvo que esperar mucho, porque ya la tenía prácticamente encima.

—¡Cuidado, Kevin…! —chilló Ingrid, al ver que el monstruoso ser saltaba sobre el joven.

Kevin también saltó, con envidiable agilidad, desplazándose hacia su derecha, y burló así el ataque de la alucinante araña, cuyas pinzas solo aprisionaron el aire.

La bestia dio un rugido de rabia y se revolvió con rapidez.

Kevin, que ya se disponía a atacarla por detrás, se frenó, y esperó otra oportunidad más favorable.

El horroroso animal saltó de nuevo hacia él, con las pinzas abiertas.

Ingrid no pudo reprimir un chillido de angustia.

Kevin esquivó el nuevo ataque de la araña gigante, saltando esta vez hacia su izquierda.

El animal, como en la ocasión anterior, rugió de rabia por su nuevo fallo, y se revolvió, aunque con algo menos de rapidez que antes, circunstancia que aprovechó Kevin para lanzarse sobre él y clavarle el palo en lo alto del abdomen.

La bestia, herida de muerte, dio un alarido ensordecedor y empezó a retorcerse, las patas encogidas, mientras un líquido verdoso y pestilente brotaba del orificio causado por el afilado extremo del palo que Kevin le había clavado.

Kevin Shore se apartó velozmente del monstruoso ser, cuyos quelíceros parecían buscarle, y trepó al árbol con la agilidad de un chimpancé, reuniéndose con Ingrid Gold.

Desde allí, aferrados a la rama, presenciaron los agónicos movimientos de la araña gigante, cada vez más débiles, hasta que por fin quedó inmóvil.

Rígida.

Muerta…

—Ya podemos bajar, Ingrid —dijo Kevin, y se descolgó por el tronco hasta el suelo.

Ayudada por él, la muchacha descendió también del árbol.

Su rostro seguía estando falto de color, y todo su cuerpo temblaba.

Kevin, dándose cuenta de ello, la abrazó cariñosamente.

—El peligro pasó, Ingrid.

—Ha sido horrible, Kevin —musitó ella, descansando la cabeza sobre su hombro.

—Sí, los dos hemos pasado un mal rato.

—Creí que la bestia iba a devorarte.

—Estoy bien, ya lo ves.

—Fuiste muy valiente al enfrentarte a ella, Kevin.

—A los valientes les dan una medalla cada vez que llevan a cabo una acción heroica.

—Si yo tuviera una, te la daba en seguida.

—Puedes darme cosas mejores.

Ingrid levantó la cabeza de su hombro y lo miró.

—¿Como por ejemplo…?

—Un beso con esa boca tan deliciosa.

Ingrid sonrió y se lo dio, recreándose en la acción.

Kevin la estrechó con más vigor.

La bata de Ingrid, entre la lucha que la joven sostuvo con Kevin en el suelo, la carrera, y la subida y bajada del árbol, a lo mono, se había abierto de arriba abajo, y Kevin no pudo resistir la tentación de deslizar su mano hacia el pecho femenino, aprisionando cálidamente uno de los senos por encima del suave y transparente camisoncito lila.

Ingrid separó sus labios de los de él.

—Dijiste un beso, Kevin…

—Los besos saben mejor, cuando van acompañados de caricias —repuso el joven, sonriendo contagiosamente.

—¿Y han de ser tan atrevidas?

—Cuanto más, mejor.

—Me parece que tú quieres cobrarte el champaña y las rosas.

—Tú sabes que no. Solo deseo acariciar el cuerpo de la mujer

que amo.

—Hazlo, Kevin —autorizó Ingrid, besándole de nuevo.

La mano de Kevin se introdujo por el amplio escote del camisón y acarició los senos femeninos, plenos y altivos, cuyos pezones se irguieron, agradecidos.

Ingrid se estremeció dulcemente, acusando las hábiles caricias, que se extendieron a las caderas, las nalgas y la parte alta de los muslos, enervándola.

Kevin separó su boca de la de ella y la miró a los ojos, fijamente.

—Ingrid…

—¿Sí, Kevin?

—Te deseo.

—Y yo a ti.

—Ven, busquemos un sitio mejor, donde no huela tan mal.

—Sí, ese líquido verdoso que salió del cuerpo de la bestia, apesta. Además, solo de verla, se me van las ganas de hacer el amor.

—Y a mí. Vamos, Ingrid.

Kevin tiró de la mano de la muchacha y se alejaron del monstruoso bicho.

Fue entonces cuando descubrieron que la puerta del templo estaba ahora abierta.

Se quedaron los dos parados.

—Kevin… —murmuró Ingrid, apretando la mano del joven.

—No te asustes, Ingrid.

—Había alguien en el templo…

—Es evidente que sí.

—¿Y por qué no nos abrió, cuando llamamos?

—Se lo preguntaremos.

Ingrid respingó ligeramente.

—¿Vamos a entrar en el templo…?

—Estaremos más seguros dentro de él que fuera —respondió Kevin.

Ingrid Gold tuvo el extraño presentimiento de que no iba a ser así, pero no dijo nada, y se dejó llevar por Kevin Shore hacia el siniestro templo.

CAPÍTULO V

La puerta, muy pesada, estaba solo entreabierta.

Kevin Shore la empujó con ambas manos, abriéndola de par en par.

La puerta no produjo el más leve ruido, y eso era muy extraño, teniendo en cuenta su tamaño, su peso, y su antigüedad.

El silencio, en el interior del templo, era sepulcral.

Estaba iluminado por varios candelabros, cuyas velas, muy gruesas, eran negras.

Negras, también, eran las largas velas que iluminaban el altar del templo, que se levantaba al fondo del mismo, y donde podía verse una extraña imagen, tallada en piedra, que representaba un dragón de tres cabezas, despidiendo fuego por las bocas.

Los ojos del dragón, redondos y salidos, daban la impresión de ser valiosas esmeraldas, engastadas en la imagen, y brillaban poderosamente.

Todo era tan siniestro en el interior del templo, que Ingrid Gold se resistía a entrar.

—Vámonos de aquí, Kevin —rogó, tirando de la mano del joven.

—¿Tienes miedo, Ingrid?

—Sí, mucho. Esa horrible imagen que descansa sobre el altar, las velas negras, este silencio de tumba… Me pone la carne de gallina, de veras.

—Aquí, al menos, no hay bichos monstruosos.

—No estés tan seguro.

—Entremos, Ingrid.

—Kevin…

—Tenemos que hablar con la persona que abrió la puerta.

—Cuando ya no hacía ninguna falta que la abriera.

—Quizá no pudo abrir antes.

—¿Y dónde está ahora? ¿Por qué no se deja ver? ¿Por qué se

oculta?

—Averiguaremos todo eso, y muchas más cosas, si entramos en el templo.

Ingrid iba a insistir en que lo mejor era marcharse, cuando se escuchó un rugido, que tanto ella como Kevin conocían ya muy bien, por haberlo oído repetidas veces hacía tan solo unos minutos.

Sí.

Habían sido localizados por otra araña gigantesca, la cual no tardó en aparecer por entre los árboles que rodeaban el templo.

—¡Kevin! —chilló Ingrid.

—¡Adentro, rápido! —gritó Kevin, tirando de la muchacha.

Entraron los dos en el templo, cuya puerta se apresuró a cerrar Kevin.

Fue a echar el cerrojo, pero no había ninguno.

La puerta, sin duda, se abría accionando algún mecanismo secreto, pues Kevin probó a tirar de ella y no consiguió moverla.

Para bien o para mal, Ingrid y él estaban encerrados en el templo.

—Bueno, por lo menos, nos hemos librado de la gigantesca araña… —suspiró Kevin. Ingrid se abrazó a él.

—Estoy aterrada, Kevin.

—Cálmate, estamos a salvo.

—¿Estás seguro de eso, Kevin?

—Claro.

—Lo dices para darme ánimos, pero en el fondo…

Kevin, que le estaba acariciando la plateada cabellera, dejó súbitamente de hacerlo y susurró:

—Ingrid…

—¿Si?

—Se está abriendo una puerta secreta.

Un ramalazo de frío estremeció el cuerpo de Ingrid Gold.

—¿Dónde, Kevin…? —preguntó, sin apenas voz.

—A la derecha del altar. Ingrid miró hacia allí.

Era cierto.

Un trozo de pared se estaba abriendo, lenta y silenciosamente.

—Abrázame, Kevin —pidió la joven, temblorosa—. Muy fuerte. Kevin lo hizo.

Con la respiración contenida esperaron a que la puerta secreta

acabara de abrirse, para ver qué salía de allí.

Y lo que salió… fue una mujer.

Joven.

Alta.

Hermosa…

Tenía el pelo largo, muy negro y brillante, los ojos almendrados, los pómulos altos y pronunciados, la boca grande y sensual, el cuello largo, elegante… Se cubría con una túnica blanca, que solo dejaba al descubierto sus manos, de finos dedos, y sus pies, descalzos.

Kevin e Ingrid se quedaron mirándola, como hipnotizados.

La bella mujer, cuyos senos, altos y agresivos, quedaban perfectamente dibujados bajo la ligera túnica, donde se movían en completa libertad, avanzó hacia ellos caminando con tanta suavidad que parecía que sus desnudos pies acariciaban el suelo en vez de pisarlo.

Cuando estuvo a un metro de Kevin e Ingrid, sonrió afablemente y dejó oír su voz, cálida y acariciadora:

—Bienvenidos a Atox, terrestres.

—¿Bienvenidos adónde…? —exclamó Kevin.

—A Atox. Así se llama nuestro pequeño planeta.

—Jamás oí hablar de él.

¿Y tú, Ingrid…?

—Tampoco —musitó la joven.

—Es lógico. Atox se halla en otra dimensión —explicó la sensual morenaza.

—¿En otra dimensión…? —pestañeó Kevin.

—Así es.

—¿Y quién nos ha sacado de la nuestra?

—Yo.

—¿Y quién eres tú? Vamos, si no es mucho preguntar…

—Me llamo Zelda, y soy la reina de las brujas que habitamos en Atox.

Ingrid dio un respingo.

—¡Brujas! —galleó—. ¡Ha dicho brujas, Kevin!

—Pues yo no veo la escoba por ninguna parte… —murmuró Kevin.

La hermosa mujer amplió su sonrisa, mostrando las dos filas de

perlas que tenía por dientes.

—Digo brujas porque poseemos poderes sobrenaturales, no porque seamos malas. No causamos daño a nadie, a menos que sea absolutamente necesario.

—Caramba, eso me tranquiliza un poco —sonrió Kevin, calculando la tirada de pierna de la reina de las brujas, que debía de ser sensacional, como toda ella.

—No tenéis nada que temer de nosotras, os lo aseguro.

—¿Por qué nos has traído a vuestro planeta, Zelda? —preguntó Ingrid.

—Bueno, en realidad, fue un accidente.

—¿Accidente…? —repitió Kevin.

—Sí, no era mi intención traeros a Atox. Veréis, disponemos de un sofisticado aparato electrónico, muy parecido a lo que vosotros llamáis televisor, que nos permite conectar con vuestra dimensión. Venimos haciéndolo desde que lo construimos. Por eso conocemos vuestra lengua y vuestras costumbres.

—¿Y veis todo lo que los terrestres hacemos…? —preguntó Ingrid.

—Absolutamente todo. Comer, dormir, el amor… Esto último nos parece muy divertido.

—¿Verdad que sí? —se le escapó a Kevin.

A Ingrid se le escapó otra cosa.

Un codo.

Y fue a golpear en el hígado de Kevin.

Este ahogó un gemido y se encogió ligeramente.

—Ingrid, yo solo he dicho que… —murmuró.

—Cállate.

—No me parece justo —protestó Kevin.

—No te he pegado por lo que has dicho, sino por lo que estabas pensando —masculló Ingrid.

Zelda dijo:

—Tú lo haces muy bien, Kevin.

—¿El qué? —preguntó el joven.

—El amor.

Kevin respingó.

—¿Me habéis visto en acción…?

—Oh, sí, varias veces. Con esa camarera rubia de *La Reina del*

Espacio, llamada Mariana, que tiene los pechos tan desarrollados y las caderas tan amplias.

Kevin tosió con fuerza, intentando ahogar las palabras de la reina de las brujas, pero ya era tarde para eso.

—¿Qué tal el tiempo por aquí, Zelda...? —preguntó nerviosamente.

Ingrid lo fulminó con la mirada.

—No cambies de conversación, gusano.

—Ingrid, yo... —carraspeó Kevin.

—A mí no vuelvas a dirigirme la palabra. Ni en esta dimensión, ni en la otra.

—Déjame que te explique.

—Al cuerno tú y esa Mariana.

Kevin miró a la reina de las brujas.

—¿Ves lo que has conseguido por curiosear con tu aparatito, Zelda?

—¿Qué he conseguido? —preguntó ella.

—Que Ingrid ya no quiera saber nada de mí.

—¿Por qué?

—Le ha sentado fatal que Mariana y yo...

—¿De veras?

Ingrid masculló:

—¿Cómo te hubiera sentado a ti, Zelda, saber que el hombre de quien te has enamorado...?

La reina de las brujas se echó a reír.

—Yo no puedo enamorarme de ningún hombre, Ingrid, porque no los hay en Atox.

—¿Qué...? —parpadeó la joven.

—¿Que no hay hombres en vuestro planeta, dices...? —exclamó Kevin.

—No; solo mujeres.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta, Zelda?

—Bueno.

—¿Cómo os reproducís?

—Cuando una de nosotras muere, Notbar, con su infinito poder, deja encinta a una bruja joven, que nueve meses más tarde, como las mujeres de vuestro planeta, da a luz una niña. Una niña bruja, por supuesto.

—¿Quién es Notbar?

Zelda volvió la cabeza y miró la imagen que representaba un dragón de tres cabezas, echando fuego por sus bocas.

—Notbar es nuestro dios, al que adoramos.

—¿El dragón…?

—Sí.

—¿Y cómo se las ingenia él para que la bruja joven quede…?

—Su poder es infinito, como ya os he dicho.

—¿Acaso cobra vida, y…?

—No. La bruja joven elegida para ser madre se tiende en el suelo, frente al altar, desnuda y con las piernas separadas. Las demás brujas, postradas de rodillas, con la cara pegada al suelo, pedimos a Notbar que deposite el germen de la vida en el vientre de nuestra compañera. Y Notbar lo hace.

—Lo siento, pero tendría que verlo para creerlo.

—Lo verás, puesto que tú e Ingrid permaneceréis en Atox algún tiempo.

—¿Como cuánto? —preguntó Ingrid.

—Hasta que yo encuentre la manera de devolveros a vuestra dimensión. Como os he dicho antes, no era mi intención traeros a Atox. Solo estaba experimentando. Quería saber si mi poder, algo mayor que el del resto de las brujas, razón por la cual fui elegida reina por ellas, era capaz de actuar en vuestra dimensión. Me concentré al máximo y os ordené dormiros profundamente a los dos. Primero a Ingrid, y luego a ti.

—Y lo conseguiste —dijo Kevin.

—Sí, lo sé. Y ahí debió acabar todo, pero no fue así. Sin que ni yo misma pueda explicarme las causas, desaparecisteis del camarote de la astronave. Yo me asusté, pues temí haberos desintegrado con mi poder a los dos. Poco después, llamaban a la puerta del templo. Me quedé perpleja cuando vi que erais vosotros, y que una araña gigante os perseguía.

—Casi se nos zampó. ¿Lo viste también?

—Sí, claro. Hubiera querido ayudaros, pero no me dio tiempo a abriros la puerta. Cuando lo hice, tú ya estabas luchando con la monstruosa araña, Kevin. Fue muy emocionante.

—¿Por qué no me libraste de ella con tu poder? —preguntó Kevin, en tono de reproche.

—Lo hubiera hecho, de haberte visto realmente en peligro de muerte. Pero me di cuenta en seguida de que vencerías a la gigantesca araña, Kevin, eres fuerte, ágil, valiente…

—Y muy sinvergüenza también —rezongó Ingrid.

Kevin tosió.

—Te explicaré lo de Mariana, Ingrid.

—No quiero saber nada, ni de ti ni de ella.

—Mariana no significa nada para mí, te lo aseguro.

—¿Que no…?

—Es solo un rostro agraciado, unos pechos grandes, unas piernas bonitas, un sexo complaciente… Un cuerpo de mujer, en suma, con el que satisfacía mis apetitos sexuales, lógicos y naturales, por otra parte. Aparte de eso, no existe nada entre nosotros. Y lo prueba el hecho de que Mariana se acuesta también con otros hombres. ¿No es cierto, Zelda?

—Oh, sí —asintió la reina de las brujas—. Con el jefe del bar, con el jefe de la cocina, con el jefe del comedor…

—¿Lo estás oyendo, Ingrid? Se los trajina a todos, cuando no está de servicio.

—Debe acabar rendida, la pobre —repuso Ingrid, con ironía.

—Bueno, la chica quiere ascender, por eso hace horas extra con tanto jefe…

—Tú no eres jefe de nada.

—Sí, es verdad —carraspeó Kevin—. Conmigo se mostraba complaciente porque le caía simpático.

—Ya.

Zelda añadió:

—Y porque la hacías gozar mucho más intensamente que los otros. Oí como ella lo decía.

Kevin volvió a toser fuerte.

—No metas la pata de nuevo, brujita —rezongó, muy bajo.

—¿Por qué no le preguntas otra vez por el tiempo que hace en Atox, Kevin…? —sonrió irónicamente Ingrid.

Kevin la miró, con cara de mártir.

—No me mortifiques, Ingrid…

—Estrangularte, me gustaría.

—No discutáis más, por favor —rogó Zelda—. Estáis en Atox, y quiero que vuestra estancia aquí sea de lo más grata, para que luego

podáis recordar con cariño los días que pasasteis en nuestro planeta.

—Del que ya veremos si conseguimos salir —rezongó Ingrid, pesimista.

—Claro que saldréis —aseguró Zelda—. Quizá tardéis un poco, pero volveréis a vuestra dimensión, no lo dudéis.

—Dios te oiga, Zelda —murmuró Kevin.

—¿Vuestro dios o el nuestro?

—Los dos —respondió Kevin, para no desairar a la reina de las brujas.

—Notbar es más poderoso —dijo Zelda, mirando con orgullo la imagen del dragón de tres cabezas.

—Si tú lo dices… —rezongó Kevin.

—Venid, os enseñaré nuestra morada, que será también la vuestra, mientras permanezcáis en Atox —indicó Zelda, cogiéndolos familiarmente del brazo a los dos.

Kevin e Ingrid se dejaron conducir por la reina de las brujas.

CAPÍTULO VI

Cruzaron los tres la puerta secreta, que Zelda cerró, accionando un disimulado resorte.

—Seguidme —rogó la reina de las brujas, descendiendo por una estrecha escalera de caracol, iluminada por hachones encendidos.

Kevin Shore e Ingrid Gold descendieron también por ella.

Al final de la escalera había una sala semicircular, en la que desembocaban una serie de túneles subterráneos, igualmente iluminados por hachones.

—Por aquí, amigos —indicó Zelda, adentrándose en una de las galerías. Kevin e Ingrid la siguieron.

Había varias puertas en el túnel, todas a la izquierda. Zelda abrió una de ellas y dijo:

—Este será vuestro aposento, terrestres.

Kevin e Ingrid se asomaron.

Se trataba de una extraña estancia, cuyas paredes y techo, pintados de rojo, despedían una tenue fluorescencia, que daba un toque fantasmal al lugar.

La cama, de raro diseño, no tenía patas, por lo que prácticamente se hallaba a ras del suelo. Un suelo que parecía enmoquetado, en tono igualmente rojo, aunque más oscuro que el de las paredes y techo.

De este pendía una complicada lámpara de aceite.

—Pasad —invitó Zelda, sonriente.

Kevin e Ingrid penetraron en la estancia.

Zelda lo hizo tras ellos.

—¿Os gusta? —les preguntó.

—Oh, sí, mucho —respondió Kevin.

—A mí, no tanto —rezongó Ingrid.

—Te resulta algo extraña, ¿verdad? —sonrió Zelda.

—Bastante.

—Es natural, Ingrid. Pero ya os acostumbraréis.
—La cama es muy exótica… —comentó Kevin.
—Solo hay una —observó Ingrid, ceñuda.
—Pero es amplia, cabréis perfectamente los dos —aseguró Zelda.
—Yo no soy Mariana, Zelda.
—¿Cómo?
—Que no quiero acostarme con Kevin.
—¿Puedes alojarme en otra habitación, Zelda?
—Por supuesto.
—Te quedaré muy agradecida.
—Acompáñame, Ingrid.
—Un momento —rogó Kevin, cogiendo del brazo a Ingrid.
Ella lo miró duramente.
—Suéltame, Kevin.
—Quiero hablar contigo, Ingrid. A solas.
Zelda sonrió suavemente.
—Esperaré fuera —dijo, y salió de la estancia, cerrando la puerta.
Kevin soltó el brazo de la muchacha.
—Debemos estar siempre juntos, Ingrid.
—No te caerá esa breva.
—¿Has olvidado ya la situación en que nos encontramos? Estamos en otra dimensión, en un planeta extraño, habitado por brujas…
—Son brujas buenas.
—Y tan buenas.
—No me refiero a su físico.
—Yo tampoco —tosió Kevin.
—Te gustaría acostarte con Zelda, no lo niegues.
—Si deseara eso, no te pediría que te quedes conmigo.
—Por mí puedes hacerlo, no me importa.
—Dices eso porque estás enfadada.
—Pues claro que estoy enfadada. Estuve a punto de entregarme a ti, porque creí que me querías.
—Y te quiero.
—Si fuera cierto, no te habrías acostado con Mariana.
—¿Cuántas veces he de decirte que Mariana me importa un pito? Me acostaba con ella solo por…

—No me sueltes el rollo otra vez, por favor.

Kevin se enfadó.

—Está bien, que Zelda te instale en otra habitación —gruñó.

—Eso es exactamente lo que va a hacer.

—Ojalá no tengas que arrepentirte.

—Es inútil que trates de asustarme, no conseguirás que me quede contigo.

—Ya no lo deseo.

—¿De veras?

—Tenías razón, ¿sabes?

—¿En qué?

—Zelda es una mujer muy hermosa.

Las pupilas de Ingrid Gold centellearon.

—Sabía que estabas deseando hacer el amor con ella.

—Así es. Y como se ponga a tiro…

—Puedes *dispararle*, ya te dije antes que no me importa.

—Lo haré. Y tengo muy buena puntería, Ingrid.

—¡Vete al infierno! —rugió la joven, y salió de la habitación, cerrando con violencia.

Zelda la esperaba en la galería.

—¿No habéis hecho las paces, Ingrid? —preguntó.

—Ni las paces, ni nada —masculló la joven.

—Lo siento.

—Yo no.

—Ven, te destinaré a otra habitación.

—Gracias.

Zelda condujo a Ingrid a otro aposento de la misma galería, bastante distanciado del de Kevin, e idéntico al de este.

—Si necesitas algo, Ingrid, pulsa el botón amarillo que hay en la pared, junto a la cama. Acudiré en seguida.

—Eres muy amable, Zelda.

—Que descanses, Ingrid.

—Gracias.

Zelda abandonó la estancia, cerrando la puerta.

Ingrid tuvo un extraño presentimiento.

Con el fin de salir de dudas, se acercó a la puerta y trató de abrirla.

Sus sospechas se confirmaron.

Zelda la había encerrado en la habitación.

Ingrid sintió miedo.

Ojalá no tengas que arrepentirte, le había dicho Kevin.

Y ya se estaba arrepintiendo.

Tenía que haberle hecho caso.

Si se hubiese quedado con él…

Ingrid se acercó nerviosamente al botón amarillo que había en la pared y lo pulsó. Con insistencia.

Unos tres minutos después, la puerta se abría y dos mujeres penetraban en la habitación.

Una tenía el pelo rubio y la otra rojizo, y las dos se cubrían con largas túnicas blancas, como Zelda. Eran jóvenes, bellas, bien formadas…

Una de ellas, la del cabello rubio, portaba una túnica en las manos, la cual ofreció a Ingrid, mientras la otra cerraba la puerta.

—Es para ti, mujer terrestre.

—¿La túnica? —musitó Ingrid.

—Sí. Zelda quiere que vistas como nosotras, mientras permanezcas en Atox.

—Está bien, mañana me la pondré. Y no cerréis la puerta por fuera al salir, por favor. No me gusta sentirme presa.

Las brujas intercambiaron una mirada.

—Tienes que ponerte la túnica ahora, mujer terrestre —indicó la del cabello rojo.

—¿Para dormir…?

—Sí.

—Ni hablar. A mí me gusta dormir en camisón —Ingrid se abrió la bata, para que las brujas lo vieran.

Pero estas, más que fijarse en el camisón, se fijaron en los turgentes pechos de la mujer terrestre, que la delicada prenda nocturna apenas velaba.

Ingrid se preguntó si, al no haber hombres en Atox, sus mujeres serían lesbianas, y se apresuró a cerrarse la bata.

La bruja rubia ordenó:

—Quítate eso.

—No me quito nada —respondió Ingrid, alzando orgullosamente la barbilla.

Los ojos de la bruja rubia, rasgados, como los de la bruja

pelirroja, se entornaron, hasta convertirse en dos delgadas rendijas, y un extraño brillo apareció en ellos.

Ingrid quiso apartar su mirada, porque empezó a sentirse como mareada, pero no pudo. Los ojos de gata de la bruja rubia atraían a los suyos como un imán, y ni siquiera podía pestañear.

—Quítate la ropa, mujer terrestre —ordenó la bruja, con voz hueca, profunda, extraña.

Ingrid no quería hacerlo, pero su voluntad estaba dominada por la poderosa mirada de la bruja rubia, y sin que ella pudiera evitarlo, sus manos soltaron el cinturón de la bata y luego hicieron que esta cayera al suelo, quedando con el breve y transparente camisoncito lila y el reducido pantaloncito del mismo color.

La bruja pelirroja dio un repaso a las largas y torneadas piernas de la mujer terrestre.

La bruja rubia, que no apartaba sus entornados y brillantes ojos de los de Ingrid, siguió ordenando:

—Quítate eso también.

Ingrid se despojó del camisón y del pantaloncito, quedando completamente desnuda.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rubor, porque ella *sabía* lo que estaba haciendo, aunque no tuviese voluntad para oponerse.

La bruja pelirroja miró de arriba abajo a la mujer terrestre, con detenimiento, e Ingrid aún enrojeció más.

La bruja rubia le entregó la túnica, sin dejar de mirarla a los ojos, para que el poder que ejercía sobre ella no remitiera.

—Póntela.

Ingrid tomó la túnica y se la colocó por la cabeza, cubriendo su desnudez, lo cual hizo que se sintiera un poco mejor, pues había llegado incluso a temer que la pareja de brujas la manosearan suciamente.

La bruja rubia ordenó:

—Ahora síguenos.

La otra, la del pelo rojo, abrió la puerta.

Ingrid Gold, caminando como un robot, salió de la habitación y siguió sumisamente a las dos brujas, que la llevaron hacia la sala semicircular en la que convergían los túneles subterráneos que servían de morada a las habitantes de Atox.

La hicieron subir por la escalera de caracol.

La puerta secreta que comunicaba con el templo estaba abierta de par en par.

Ingrid y las brujas la cruzaron.

Postradas de rodillas, en torno al altar, había por lo menos dos docenas de brujas, todas jóvenes y hermosas, cubiertas con túnicas blancas.

Zelda no se hallaba entre ellas.

La bruja rubia que se había adueñado de la voluntad de Ingrid, ordenó:

—Quítate la túnica, mujer terrestre.

Ingrid obedeció, y de nuevo enrojeció al sentir fijas en su cuerpo desnudo las miradas de las dos docenas de brujas.

Pero el rubor desapareció de sus mejillas, que se quedaron muy blancas, cuando oyó decir a la bruja rubia:

—Tiéndete en el suelo, mujer terrestre. Frente al altar. Con las piernas separadas.

Ingrid Gold empezó a temblar, porque adivinaba que algo horrible, monstruoso, le iba a suceder, cuando se tendiese, desnuda, frente a la estremecedora imagen del dios Notbar, representado por un dragón de tres cabezas.

CAPÍTULO VII

Kevin Shore paseaba nerviosamente por la habitación en la que Zelda le había instalado.

De pronto, la puerta se abrió, no más de un palmo, y el sensual rostro de la reina de las brujas asomó por el hueco.

—¿Puedo pasar, Kevin?

—Adelante, Zelda.

La hermosa bruja entró en la habitación y cerró la puerta, quedándose junto a ella.

—Acabo de instalar a Ingrid en otro aposento.

—Era lo que ella quería —rezongó Kevin.

—Siento que no haya querido quedarse contigo.

—Yo también.

—¿La amas mucho?

—Sí.

—Ella también te quiere.

—Pues tiene un modo muy raro de demostrarlo.

—Yo no tengo la culpa de que esté enfadada contigo. Si no hubiera dicho que te vi hacer el amor, varias veces, con la camarera rubia…

—Olvídalo.

—Metí la pata, como vosotros decís.

—No te preocupes, ya se le pasará.

—Me gustaría hacer algo para remediarlo.

—Si le hubieras dicho que no podías instalarla en más habitación que esta, conmigo…

—Hubiera sido una descortesía, Kevin.

—Tal vez. Pero ahora Ingrid estaría conmigo.

—Puedo hacer que vuelva, si quieres.

—¿Cómo? —preguntó Kevin.

—Haciendo uso de mi poder.

—A ver, explícate, Zelda.

—Es muy sencillo, Kevin. Cierro los ojos, me concentro, y le ordeno mentalmente que vuelva aquí.

—¿Y vendría…?

—Claro.

—¿Con ganas de pelea, o mansa como un corderito?

—Lo último.

—¿Seguro?

—Podrás hacer con ella todo lo que quieras.

—¿Incluso el amor…?

—Por supuesto.

Kevin se acarició el mentón.

—Qué proposición más tentadora me estás haciendo, Zelda… —murmuró.

—¿Me concentro ya, Kevin? El joven exhaló un suspiro.

—Te lo agradezco mucho, Zelda, pero no quiero poseer a Ingrid de esa manera. Sería como abusar de ella hallándose drogada, o algo así.

—Ingrid nunca sabría que volvió aquí porque yo se lo ordené…

—Pero yo sí lo sabría, Zelda, y tendría remordimientos de conciencia.

La reina de las brujas sonrió cautivadoramente.

—Tienes razón, terrestre.

—Bueno, no soy de los más malos, desde luego; aunque tampoco voy para santo.

—¿Querrías hacerme un favor, Kevin?

—Por supuesto.

—Nunca he sido besada por un hombre…

Kevin se puso un poco nervioso.

—¿Me estás pidiendo que yo…?

—¿Te importa?

—No, claro que no. Es solo que si se entera Ingrid, lo nuestro se pondrá peor…

—¿Cómo va a enterarse, si no puede vernos?

—Tienes mucha razón —sonrió Kevin, acercándose a la reina de las brujas, cuya cintura rodeó con su brazo.

No fue necesario que hiciera ninguna presión sobre el flexible talle femenino, porque Zelda pegó su cuerpo al de él y le cercó el

cuello con sus brazos, entreabriendo ya los carnosos labios, húmedos y palpitantes.

Kevin miró un instante aquella tentación en forma de boca, y luego la buscó con la suya.

El beso, largo y apasionado, los dejó sin respiración a los dos.

Tras él, Kevin preguntó:

—¿Qué tal, Zelda?

—Hay una gran diferencia, terrestre.

—¿Entre qué?

—Entre la forma de besar de las mujeres y la de los hombres.

—No te entiendo.

—A mí me han besado muchas mujeres, y con ninguna de ella he sentido lo que contigo.

—A Kevin se le abrió la boca.

—¿Que a ti te…?

—¿Por qué te extraña? En Atox no hay hombres, ya lo sabes.

—Sí, pero no se me había ocurrido pensar que…

—¿Que fuéramos lesbianas?

—Eso —tosió Kevin.

—Lo somos a la fuerza, no por vicio.

—Sí, claro.

—Algunas mujeres terrestres también lo son, y no lo entiendo, la verdad. Si en Atox hubiese hombres, nosotras no seríamos lesbianas, estoy segura.

—Será cuestión de mandar unos cuantos por acá.

—¿Quieres besarme de nuevo, Kevin?

—Encantado.

—Y hazme lo que a Ingrid en el bosque.

Kevin respingó.

—¿Qué le hice yo a Ingrid en el bosque?

—Acariciaste su cuerpo por debajo del camisón.

—Oh, te refieres a eso… —carraspeó Kevin.

—Sí.

—¿Y por dónde diablos meto yo la mano? —se preguntó Kevin, en voz baja.

Pero Zelda debía tener un oído muy ágil, pues se soltó de él, se levantó la túnica, y se la sacó por la cabeza, sin el menor rubor.

A Kevin le asaltó un golpe de tos, porque la reina de las brujas,

bajo la túnica, no llevaba nada.

—Así podrás acariciarme mejor, terrestre —dijo Zelda, echándole de nuevo los brazos al cuello y pegando su exuberante cuerpo desnudo al de él.

Esta vez, Zelda no esperó a que Kevin la besara, y fue ella la que buscó los labios de él, con mucho ardor.

Kevin, al principio, no se decidía a poner sus manos sobre la prodigiosa anatomía de la reina de las brujas, porque pensaba en Ingrid, y eso le frenaba.

Pero como no se puede pensar en dos cosas a la vez, Kevin acabó pensando solo en lo que su instinto deseaba pensar en aquel momento, y estrujó el seductor cuerpo de Zelda, recorriéndolo ávidamente en todas direcciones, hasta hacerlo vibrar de excitación.

Fue entonces cuando Zelda retiró su ardiente boca de la de Kevin y, con ojos brillantes de deseo, pidió:

—Hazme el amor, terrestre.

—¿No se molestará Notbar?

—¿Por qué iba a molestarse?

—¿No es él, exclusivamente, quien deposita el germen de la vida en vuestros vientres?

—Porque no hay hombres en Atox. Si los hubiera, no tendríamos que recurrir a él, para reproducirnos.

—Entiendo.

—Ven, terrestre —rogó Zelda, tratando de arrastrar a Kevin hacia el extraño lecho, pero el joven se opuso, cambiando súbitamente de expresión.

La reina de las brujas lo miró a los ojos.

—¿Sucede algo, Kevin?

—Ingrid —pronunció gravemente él.

—¿Qué pasa con Ingrid?

—Tengo la extraña sensación de que está en peligro.

—¿Ingrid, en peligro…? Qué tontería. Debe hallarse tranquilamente dormida.

—Quiero asegurarme.

—Oh, no, Kevin… —suplicó Zelda, abrazándole—. Has encendido mi cuerpo con tus sabias caricias, no puedes dejarme así, sin aplacar este fuego que me devora…

—¿No tenéis duchas en Atox? Eso refresca mucho.

—¿Te burlas de mí?

—No, más bien creo que eres tú quien se burla de mí. Y no solo ahora, sino desde el primer momento.

—¿Qué estás diciendo…?

—Nos engañaste, ¿verdad, Zelda? No nos trajiste a Atox por accidente, sino deliberadamente.

—¡Oh, no!

—Estabas harta de hacer el amor con mujeres, querías hacerlo con un hombre. Y yo fui el elegido.

—¡No, Kevin, no!

—Lo que no entiendo es por qué trajiste también a Ingrid.

¿Quizá para amenazarme con hacerle daño, si yo no me someto a tus deseos?

—¡Kevin!

—¿Fue esa la razón, Zelda? —interrogó el joven, con dura expresión.

La reina de las brujas sacudió la cabeza.

—No deseo hacerle ningún daño a Ingrid, te lo juro.

—¿Por qué la trajiste, entonces?

—Tú la quieres, Kevin, y si ella no desea abandonar Atox, tú tampoco querrás abandonarlo.

—Ingrid sí desea abandonar Atox.

—Después de esta noche, ya no —murmuró Zelda, que se mordía los labios nerviosamente.

Kevin entrecerró los ojos.

—¿Qué va a pasar esta noche?

—Está pasando ya.

—¿Qué es lo que está pasando?

Zelda bajó la cabeza, sin responder.

Kevin la agarró por los hombros y se los apretó con fuerza, exigiendo:

—¡Contesta, Zelda!

Ella compuso una mueca de dolor.

—Me haces daño, Kevin…

—¡Respóndeme, rápido!

—Lo haré si dejas de apretarme los hombros.

Las manos de Kevin suavizaron la presión, pero no soltaron los bellos hombros femeninos.

Zelda confesó:

—Ingrid se halla tendida en el suelo del templo, frente al altar, desnuda, con las piernas separadas, y un numeroso grupo de brujas jóvenes está pidiendo a Notbar que deposite el germen de la vida en el vientre de la mujer terrestre. Si Notbar lo hace, Ingrid adquirirá nuestros poderes y, dentro de nueve meses, tendrá una niña bruja.

Una oleada de frío sacudió el cuerpo de Kevin Shore.

—¿Cómo has podido…? —barbotó, roncamente.

—Estabas en lo cierto, Kevin. Me aburre hacer el amor con mujeres, y deseo fervientemente ser poseída por un hombre. Por ti, concretamente. Por eso te traje. Y quiero convertir a Ingrid en bruja para que ella no desee abandonar Atox. Como tú la amas, tampoco querrás marcharte.

Kevin no pudo contenerse por más tiempo, y cruzó la cara de la reina de las brujas, en sonora bofetada.

Zelda emitió un gemido y cayó al suelo, desnuda como estaba.

Kevin, sin perder un segundo más, se abalanzó sobre la puerta y la abrió, saliendo disparado de la habitación.

CAPÍTULO VIII

Kevin Shore cruzó la galería en solo unos segundos y alcanzó la sala semicircular donde desembocaban todos los túneles.

Los peldaños de la escalera de caracol los salvó de tres en tres, y luego cruzó la puerta secreta que comunicaba con el templo.

Kevin se quedó parado por un instante.

Estremecido.

Ingrid Gold, en efecto, se hallaba tendida en el suelo, frente al altar, sin nada encima y con las piernas separadas. Tenía los ojos cerrados, y parecía dormida. O desvanecida.

En torno al altar, formando un amplio semicírculo, se hallaban postradas las dos docenas largas de brujas, tan inclinadas que sus caras tocaban el suelo.

Todas a una, en su lengua, pedían al dios Notbar que depositara el germen de la vida en el vientre de la mujer terrestre, para que se convirtiera en bruja y diera a luz una niña bruja.

El hecho de que todas besasen prácticamente el suelo favoreció a Kevin, cuya presencia en el templo no fue advertida por ninguna de ellas.

Kevin, moviéndose con sigilo, se acercó a Ingrid y la tomó en brazos.

La joven abrió los ojos al instante.

Kevin, con el gesto, le pidió que no dijera nada.

Estaba de más, porque Ingrid, todavía bajo los efectos de la poderosa mirada de la bruja rubia, no podía hablar ni moverse.

Pero se hallaba consciente, y sonrió ligeramente al verse en los fuertes brazos de Kevin, sin pensar siquiera que estaba completamente desnuda.

Kevin tampoco pensaba en eso, sino en cómo salir de aquel maldito templo.

La puerta estaba cerrada, y él no sabía cómo se abría.

De pronto, ocurrió lo que Kevin Shore menos se esperaba.

La pesada puerta del templo empezó a abrirse, sin el más leve chirrido de goznes.

Kevin intuyó que aquello era cosa de Zelda, y miró hacia la puerta secreta.

Efectivamente.

Allí estaba la hermosa bruja.

Con la mejilla colorada, de la bofetada que le propinara Kevin, y la túnica puesta.

Kevin desconfió de las facilidades que le daba Zelda para escapar del templo llevándose a Ingrid, pero no las rechazó.

Entre otras cosas, porque no tenía elección.

Si se quedaban en el templo, lo iban a pasar muy mal; especialmente, Ingrid.

Kevin no lo dudó más.

Recogió del suelo la túnica que minutos antes llevara puesta Ingrid, para que esta pudiera cubrir su desnudez cuando se hallaran fuera del templo, y echó a correr silenciosamente hacia la puerta.

Las brujas seguían con la cara pegada al suelo, sin enterarse de que Ingrid ya no yacía desnuda frente al altar del dios Notbar, a quien continuaban pidiendo que depositase el germen de la vida en el vientre de la mujer terrestre, con su infinito poder.

Zelda sonrió extrañamente, mientras veía a Kevin correr hacia la salida del templo.

—Me suplicaréis que os abra de nuevo esa puerta, terrestres —murmuró.

Kevin cruzó la salida del templo con prontitud, como si temiera que la puerta se cerrara repentinamente, y él e Ingrid quedaran atrapados en el siniestro templo.

Una vez fuera de este, corrió hacia los extraños árboles, cuyas ramas seguían misteriosamente quietas.

El cielo, ahora, ya no era rojizo, sino negro, aunque aparecía salpicado de estrellas, las cuales proporcionaban luz suficiente para poder moverse por entre los árboles.

Kevin se dirigió hacia el lugar donde luchara con la araña gigante.

El monstruoso animal seguía allí, muerto, con el largo y afilado palo clavado en lo alto de su abdomen.

Kevin depositó a Ingrid en el suelo, la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, y le echó la túnica encima, cubriendo su cuerpo desnudo.

—¿Te encuentras bien, Ingrid?

La joven, no sin esfuerzo, consiguió musitar:

—Sí…

—Me alegro.

Kevin se apartó de ella y se acercó a la gigantesca araña, recuperando aquella especie de lanza primitiva con la que le diera muerte.

No olvidaba que habían visto otra araña tan monstruosa como aquella, segundos antes de entrar en el templo, y que podía aparecer de un momento a otro.

Regresó junto a Ingrid y se sentó en el suelo, muy cerca de ella.

—Puede hacernos falta —dijo, clavando la lanza en la tierra.

—Kevin… —susurró la muchacha, que sujetaba contra su pecho la blanca túnica.

—¿Sí, Ingrid?

—Fue horrible…

Kevin le pasó el brazo por los desnudos hombros y la atrajo hacia sí.

—Zelda me dijo lo que sus compañeras, cumpliendo órdenes suyas, estaban haciendo contigo.

—Hubiera querido desmayarme, pero no podía. Una de las brujas se había adueñado de mi voluntad, con su maligna mirada, y yo hacía todo lo que ella me ordenaba.

—No te ocurrió nada, mientras te hallabas atendida en el suelo, frente al altar, ¿verdad?

—No, creo que no. Yo, al menos, no sentía nada. Pero temía sentirlo de un momento a otro.

—Según Zelda, sus compañeras estaban pidiendo a Notbar, su dios, que depositara el germen de la vida en tu vientre, para convertirte en bruja y que tuvieras una niña bruja.

—¡Qué horror! —se estremeció Ingrid.

—¿Sabes por qué quería Zelda convertirte en bruja?

—¿Por qué?

Kevin se lo contó.

Ingrid se apretujó más a él.

—Tengo que pedirte perdón de nuevo, Kevin.

—¿Por qué?

—Por no haberte hecho caso. Debí quedarme contigo, en lugar de pedirle a Zelda que me alojase en otra habitación.

—Tarde o temprano, hubiera sucedido lo de esta noche. Zelda ya tenía su plan trazado, y lo hubiera llevado a cabo a la primera oportunidad.

—Quiere que le hagas el amor…

—Sí. Y confieso que estuve a punto de complacerla. Zelda, desnuda, es una mujer irresistible.

—Pero tú la rechazaste…

—Un sexto sentido pareció advertirme de que tú te hallabas en peligro, y empecé a sospechar de Zelda.

—Es una arpía.

—No se saldrá con la suya.

—Tiene mucho poder, Kevin. Lo mismo que hizo esa bruja rubia conmigo, pudo haber hecho ella contigo.

—¿Adueñarse de mi voluntad?

—Sí, con su demoníaca mirada. Entonces, te hubiera ordenado hacerle el amor, y tú no habrías podido negarte.

—Me pregunto por qué, en vez de eso, permitió que te salvara y te sacara del templo.

—Yo creo tener la respuesta, Kevin.

—¿Por qué lo hizo, Ingrid?

—Nos tiene seguros, aunque no estemos en el templo. Estamos atrapados en otra dimensión, de la que solamente ella puede sacarnos. Más pronto o más tarde, tendremos que regresar al templo y suplicarle que nos devuelva a nuestra dimensión.

—Sería inútil, porque no lo hará.

—Ya sé que no. Jamás saldremos de Atox. Moriremos aquí, Kevin, en este maldito planeta.

—No desesperes, Ingrid.

—No me importa morir, Kevin. Lo prefiero mil veces a convertirme en bruja y lesbiana. Cuando quedé desnuda frente a todas esas brujas, y vi cómo me miraban, no solo sentí vergüenza, sino también asco.

—Te comprendo perfectamente, Ingrid.

—Este lugar sigue oliendo mal, por culpa de la araña gigante

muerta.
—Es cierto.
—¿Vamos a quedarnos aquí, Kevin?
—No, claro que no.
—Yo ya puedo caminar.
—Entonces, vámonos.
—Me pondré la túnica.
—¿Te ayudo?
—Sí, por favor.
Kevin tomó la túnica, mientras Ingrid se cubría los senos con las manos y encogía las piernas.
Se miraron un instante.
—Estás pensando que es una tontería, ¿verdad? —dijo ella.
—¿El qué?
—Que me cubra los pechos con las manos y oculte mi sexo, cuando hace tan solo unos minutos me viste desnuda frente al altar del templo, con las piernas separadas.
—Es posible que no me creas, pero apenas me fijé. La situación era tan dramática y tan angustiosa, que no pensé en nada que no fuera salvarte a ti de esas malditas brujas.
—En Zelda sí te fijarías bien, cuando se despojó de la túnica, ¿eh?
—No me dio tiempo, en seguida se abrazó a mí, y así no se ve nada.
—Pero se tiene todo a mano.
—La rechacé, ya te lo he contado.
—Qué fuerza de voluntad.
—Ingrid, para mí no existe más mujer que tú.
—¿Y Mariana, qué es, un canguro?
—¿Vamos a ponernos a discutir otra vez? —gruñó Kevin, que seguía con la túnica en las manos.
Ingrid le sonrió dulcemente.
—No, Kevin; se acabaron las discusiones. Tú me quieres y yo te quiero. ¿Qué importa todo lo demás?
Kevin también sonrió.
—Cómo me alegra oírte hablar así, Ingrid.
—¿Me pones la túnica o no?
—Si no oliera tan mal aquí, desde luego que no te la ponía.

—No importa. En cuanto nos hayamos alejado lo suficiente de este lugar, me la quitas y en paz —repuso atrevidamente ella.

—Lo haré; vaya si lo haré —aseguró Kevin, y le puso la túnica por la cabeza.

Ingrid metió los brazos por las anchas mangas y estiró la túnica hacia abajo, cubriéndose con ella hasta los pies.

Kevin le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie.

Después de que el joven desclavara la lanza del suelo, echaron a andar, adentrándose en el bosque.

No habrían dado veinte pasos, cuando un repentino viento empezó a agitar las hasta entonces inmóviles ramas de los árboles.

El viento adquirió una tremenda fuerza en cuestión de segundos, y Kevin e Ingrid tuvieron que agarrarse el uno al otro, para no verse arrastrados por él.

—¡Kevin! —gritó la muchacha, aterrada, porque aquel viento tan repentino y tan violento no era normal.

—¡Esto es cosa de Zelda! —advirtió Kevin.

—¡Maldita!

—¡Busquemos algún lugar donde refugiarnos!

—¡No podremos caminar, Kevin! ¡El viento nos derribará!

—¡Agárrate fuerte a mí, Ingrid!

La joven lo hizo y se pusieron en movimiento.

En varias ocasiones estuvieron a punto de caerse al suelo, pero consiguieron mantener el equilibrio.

De pronto, descubrieron una cueva.

—¡Mira, Ingrid!

—¡Es una cueva, Kevin!

—¡Vamos hacia allí! ¡En su interior estaremos a salvo! Eso, al menos, pensaba Kevin.

Pero estaba equivocado.

Y muy pronto iba a comprobarlo.

CAPÍTULO IX

La cueva estaba tan oscura, que Kevin Shore e Ingrid Gold no pudieron ver nada, cuando entraron en ella.

Kevin se metió la mano en el bolsillo y extrajo su encendedor, el cual accionó.

La llama iluminó un sector de la cueva, amplia y profunda.

Kevin descubrió algunas ramas secas en el suelo, y se apresuró a amontonarlas, para encender un fuego.

Las ramas ardieron con facilidad, y las llamas de la hoguera iluminaron totalmente la cueva.

Fue entonces cuando Ingrid chilló.

Horrorizada.

También a Kevin se le heló la sangre en las venas al descubrir al monstruoso ser cuya morada habían invadido.

Tenía forma de gusano, y medía por lo menos tres metros de largo por más de medio de grosor. Sus ojos eran dos bolas rojizas, que parecían despedir fuego, y, un poco más abajo de ellos, tenía un aguijón de unos cincuenta centímetros de longitud, que vibraba de manera continuada, como si se tratara de un taladro eléctrico.

Bajo el temible aguijón, estaba la boca. Una boca alargada, que el horroroso animal mantenía entreabierta, mostrando cuatro filas de terroríficos dientes.

Kevin Shore dudó entre abandonar velozmente la cueva o hacer frente al espeluznante bicho, con aquella especie de lanza primitiva que tenía en las manos. Aunque, lógicamente, le hubiera gustado más lo primero, se decidió por lo segundo.

No podían abandonar la cueva con aquel terrible viento.

Además, fuera de ella también corrían el riesgo de encontrarse con monstruosas bestias, que por lo visto, abundaban en Atox.

Kevin apretó los dientes y avanzó hacia el gigantesco gusano.

Con paso firme.

Decidido.

—¡Kevin! —gritó Ingrid, sintiéndose desfallecer de horror, porque el escalofriante ser se había puesto en movimiento también.

¡Y con qué rapidez!

Tenía las patas muy cortas, pero como contaba por lo menos con veinticuatro, le permitían caminar con una ligereza sorprendente.

De su enorme boca, ahora abierta de par en par, salían unos rugidos que ponían los pelos de punta.

Kevin atacó al animal con su lanza, buscándole la cabezota.

Los ojos, más concretamente.

Tuvo suerte, y logró atravesarle el derecho, retirándose inmediatamente, para esquivar el aguijón del bicho, que ya buscaba su pecho.

El espantoso gusano lanzó un bramido atronador, cuando la punta de la lanza destrozó su ojo, del cual empezó a brotar un jugo amarillento y espeso.

Sin duda, a causa del dolor, el animal dio un fuerte coletazo, golpeando en las piernas a Kevin Shore, al que derribó espectacularmente.

—¡Kevin…! —chilló angustiosamente Ingrid Gold, al ver rodar al joven por el suelo de la cueva.

El enorme bicho, con el ojo sano, vio a Kevin tendido y corrió hacia él, con su largo y vibrante aguijón por delante, dispuesto a ensartarlo.

Por fortuna, Kevin no había perdido la lanza en la caída, y tras ponerse en pie de un salto, atacó al animal, tomando como objetivo su ojo izquierdo.

Le acompañó de nuevo la suerte y dio en el blanco, esquivando a continuación el terrorífico aguijón del bicho.

Este lanzó un terrible alarido cuando el extremo de la lanza atravesó el ojo sano, y, ciego de rabia y de dolor, dio otro tremendo coletazo.

Kevin, que ya lo esperaba, no se dejó sorprender esta vez, y esquivó la cola del gusano dando un ágil salto.

El animal, como ya no podía ver, se limitó a dar rugidos y coletazos, confiando en alcanzar a su enemigo con alguno de estos.

Kevin Shore, consciente de que la bestia era tan peligrosa así, como lo era antes de quedar ciega, se preparó para darle el golpe de

gracia.
La estocada final.
Y se la dio.
En el cuello.
Con todas sus fuerzas.
La lanza se incrustó más de medio metro en el cuerpo del animal.
Kevin dio un felino salto hacia su derecha, burlando así el terrible coletazo que dio la bestia, herida de muerte.
El horrible ser bramó y se agitó durante casi un minuto más.
Luego, quedó quieto. Patas arriba.
Con la boca espantosamente abierta.
Kevin Shore se pasó el dorso de la mano por la frente, brillante de sudor.
—La cueva es nuestra, Ingrid —jadeó.
Ingrid Gold corrió hacia él y se echó en sus brazos.
—¡Kevin! —exclamó, estremecida todavía.
El joven la apretó contra sí.
—Serénate, Ingrid.
—Mi corazón no resistirá otra escena como esta, Kevin.
—Esperemos que sí la resista, porque me temo que habrá más. Atox es un planeta muy peligroso. Arañas gigantes, gusanos gigantes, brujas para dar y vender…
—Si hemos de morir, que sea pronto.
—No digas eso.
—¿No crees que es mejor acabar de una vez?
—No, Ingrid. Yo lucharé mientras tenga fuerzas para ello, por mí, y por ti.
—Me gustaría tener tanto valor como tú, Kevin.
—Recuperaré la lanza, por si tenemos que vérnoslas con algún otro *bichito*.
—Ten cuidado, Kevin.
—La bestia está muerta, no temas.
Kevin se acercó al animal y desclavó la lanza, reuniéndose con Ingrid.
—Este bicho, al menos, no huele tan mal como el otro —observó.
Ingrid olisqueó el aire.

—Es cierto, Kevin.
—Mejor, porque vamos a pasar la noche en esta cueva.
—Yo no podré dormir, con ese horrible gusanote ahí, tan cerca… Aunque sepa que está muerto, y no puede hacernos nada.
—Bueno, si no podemos dormir, podemos hacer otra cosa —sonrió maliciosamente Kevin, enlazándola por la cintura.
—Me temo que tampoco podré disfrutar de eso, por culpa del animalote.
—¿Qué te apuestas a que sí? —repuso Kevin, y empezó a besarla.
Besos cortos, dulces, suaves, que llenaron todo el rostro femenino.
Ingrid cerró los ojos.
—Oh, Kevin, Kevin…
Algunos segundos después, Kevin la tendía en el suelo, con delicadeza, y, sin dejar de besarle el rostro, le subió la túnica y acarició sus piernas, sus caderas, su vientre, sus pechos, que poco después quedaban al descubierto.
Kevin los cubrió de besos y mordisqueó los erectos pezones, de maravillosas aureolas color canela.
Ingrid gimió de placer, y apretó la cabeza de él contra su pecho.
—¡Kevin!
Kevin Shore siguió acariciando expertamente todo el cuerpo femenino, que se arqueó significativamente cuando sus hábiles dedos rozaron lo más sensible de su ser.
Muy poco tiempo después, Kevin se despojaba del traje y se colocaba encima de Ingrid, para hacerla suya. Besó su boca, de forma intensa y profunda, y empezó a abrirse paso con su virilidad.
Entonces, ocurrió lo que Kevin Shore nunca hubiera imaginado: se enfrió repentinamente y no pudo penetrar en el conducto vaginal femenino.
El desencanto de Ingrid Gold fue total y absoluto.
Kevin, que ya había separado su boca de la de ella, no sabía cómo explicar aquella situación, tan poco airosa para él.
—¿Qué te pasa, Kevin? —musitó Ingrid.
—No lo sé.
—¿No me deseas lo suficiente?
—¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Por qué, entonces, no…?

—Te repito que no lo sé.

—¿Te ocurrió alguna vez con Mariana?

—Ni con Mariana, ni con ninguna otra.

—¿Y por qué te pasa conmigo?

—Solo se me ocurre una explicación lógica.

—¿Cuál?

—Zelda.

—¿Sospechas que es cosa de ella…?

—Pondría la mano en el fuego. Me negué a hacer el amor con ella y, como venganza, me ha dejado impotente con su poder, para que no pueda gozar contigo.

—Bruja asquerosa…

—Lo siento, Ingrid. Deseaba tanto hacerte mía…

La joven le acarició el rostro.

—Yo lo deseaba tanto como tú, Kevin.

—Zelda nos ha asestado un golpe bajo; muy bajo —masculló Kevin.

—No te preocupes. Nos queremos, y eso no puede impedirlo.

—Tienes razón —repuso Kevin, y la besó en los labios, con pasión.

Ingrid le abrazó con fuerza.

Permanecieron así varios minutos, él sobre ella, con la esperanza de que el contacto de sus cuerpos desnudos hiciera reaccionar la masculinidad de Kevin.

Pero no ocurrió tal cosa, y no pudieron ver satisfecho su deseo, lo cual, lógicamente, los llenó de tristeza a los dos.

De tristeza…, y de coraje.

Si Kevin llega a tener al alcance de sus manos el hermoso cuello de Zelda, seguro que la estrangula.

CAPÍTULO X

El fortísimo viento seguía azotando los árboles fuera de la cueva.

A Ingrid Gold, pese a haber dicho que no podría dormir por culpa del espantoso gusano muerto por Kevin Shore, empezaban a cerrársele los ojos.

—Me pesan los párpados, Kevin —murmuró.

—Duerme tranquila, Ingrid. Yo vigilaré.

—¿No te molesta que me duerma en tus brazos?

—Al contrario. Así podré acariciarte, mientras duermes. Es todo lo que puedo hacer, por culpa de Zelda.

—La maldigo otra vez.

—Y yo.

—Dame un beso, Kevin.

Kevin se lo dio.

Diez segundos después, Ingrid se quedaba dormida.

Kevin, que seguía en *slip*, acarició con suavidad la plateada cabellera de la muchacha, mientras se preguntaba cuál sería el color natural de su pelo.

¿Rubio?

¿Rojizo?

¿Castaño?

¡Negro!

No, esto último no lo pensó Kevin.

¡Estaba sucediendo!

¡El pelo de Ingrid se estaba tornando negro!

Kevin cerró un instante los ojos, apretadamente, confiando en que, cuando los abriera de nuevo, habría dejado de ver cosas absurdas.

Pero nada cambió.

El pelo de Ingrid ya no era plateado, sino negro; muy negro.

Tan negro como el de Zelda.

El pensar en la perversa reina de las brujas hizo respingar a Kevin Shore.

¿Estaría haciendo uso nuevamente de sus maquiavélicos poderes…?

¡Seguro!

Kevin, casi con miedo, levantó la cabeza de Ingrid, para verle la cara.

Respingó de nuevo.

Con más fuerza que antes.

¡No era Ingrid quien dormía en sus brazos!

¡Era Zelda!

¡Había ocupado el puesto de Ingrid con su poder!

La reina de las brujas abrió sus almendrados ojos y le miró, al tiempo que sus sensuales labios se distendían en una burlona sonrisa.

—Qué bien se duerme en tus brazos, terrestre.

La mano de Kevin buscó velozmente el cuello de la bruja y se cerró sobre él, aprisionándolo.

—¿Dónde está? —interrogó, con ronca voz.

—¿Quién? —preguntó Zelda, haciéndose la despistada.

—¡Ingrid!

—En el templo, tendida de nuevo frente al altar, desnuda, esperando que Notbar se digne depositar el germen de la vida en su vientre.

La mano de Kevin acentuó su presión sobre el cuello femenino.

—Hazla volver a esta cueva, arpía.

—No.

—¡Hazlo o te estrangulo! —rugió Kevin, apretando cada vez más con sus fuertes dedos.

Zelda, en vez de quejarse, amplió su sonrisa.

Como si la mano masculina no le hiciera ningún daño.

Kevin apretó más todavía el cuello de la bruja.

Zelda empezó a reír.

Burlonamente.

Kevin, dominado por la rabia, cerró su otra mano sobre el cuello de Zelda y apretó con las dos, con todas sus fuerzas.

De pronto, la cara de la reina de las brujas se difuminó, y en su lugar cobró forma la de Ingrid Gold.

La cara de Ingrid estaba muy roja.

Amoratada, casi.

Tenía la boca abierta.

Los ojos dilatados.

Expresando terror, sorpresa, perplejidad y desconcierto, todo a la vez.

Las manos de Kevin Shore, a las que se hallaban desesperadamente aferradas las de la joven, aflojaron su brutal presión y soltaron el cuello femenino.

Menos mal, porque Ingrid Gold estaba al borde ya de la asfixia.

Kevin, absolutamente desconcertado, musitó:

—Ingrid…

La joven, tras boquear varias veces como un pez, porque precisaba llevar aire a sus pulmones en cantidad, jadeó.

—¿Te has… te has vuelto loco, Kevin…?

—Zelda…

—¿Zelda?

—Tu pelo se había vuelto muy negro, como el de ella, y tenías su cara…

—Empiezo a entender —mascculló Ingrid—. Zelda te hizo creer que ocupaba mi lugar, en tus brazos, y tú tratabas de estrangularla.

Kevin asintió con la cabeza y explicó:

—Me dijo que estabas de nuevo tendida frente al altar del templo, desnuda, esperando que Notbar depositase el germen de la vida en tu vientre. Yo le ordené que te hiciera volver a la cueva, y la amenacé con estrangularla si no obedecía. Se negó. Apreté su cuello. Ella sonreía burlonamente. Apreté con más fuerza. Entonces, se echó a reír…

—Reía porque no era su cuello el que apretabas, sino el mío —rezongó Ingrid, masajeándoselo.

Kevin le rozó las mejillas con sus dedos.

—Perdóname, Ingrid.

La joven sonrió y le besó, tiernamente.

—No tengo nada que perdonarte, Kevin. Tú no querías hacerme daño a mí, sino a la malvada de Zelda.

Kevin la abrazó.

—Esta situación es terrible, Ingrid. Zelda, con su maldito poder, puede hacer de nosotros lo que quiera. Hasta que nos matemos

mutuamente.

—Eso no sucederá, no temas.

—A Zelda no le interesa. A ti te necesita vivo para que le hagas el amor, y a mí me necesita viva porque si yo muriera, tú jamás se lo perdonarías.

—Desde luego que no se lo perdonaría, pero eso a ella puede tenerle sin cuidado. Le bastaría con adueñarse de mi voluntad con su mirada para conseguir de mí lo que quisiera, tú misma lo dijiste, Ingrid.

—Sí, es posible que lo haga.

—¿De qué nos sirve, pues, resistirnos? En el momento que Zelda decida, yo caeré sumisamente en sus brazos y tú volverás a tenderte, desnuda, frente al altar del dios Notbar.

Ingrid se estremeció.

—No me lo recuerdes, Kevin.

—Sabes que es así, Ingrid. Yo puedo luchar con arañas y gusanos gigantes, contra vientos terribles, y contra muchas otras cosas, pero no contra Zelda. Ella posee poderes sobrenaturales, y yo no. Estamos a su merced, *esa* es la terrible realidad.

Ingrid lo miró a los ojos.

Fijamente.

Después de morderse los labios, murmuró:

—Solo veo una solución, Kevin.

—¿Cuál?

—Quitarnos la vida.

Quien se estremeció ahora fue Kevin.

—Ingrid… —musitó.

—Solo así podemos librarnos de Zelda y sus demoníacos poderes, Kevin. Yo no quiero convertirme en bruja, ni tener una hija bruja, ni hacer el amor con mujeres.

—Pero…

—Mi decisión es firme, Kevin. Quiero morir. Ahora mismo. Tú puedes morir también, o regresar al templo y satisfacer los deseos de Zelda.

—Eso, jamás.

—Zelda es una mujer muy hermosa, Kevin. Vivir con ella no debe ser tan malo.

—Yo solo deseo vivir contigo, Ingrid.

La joven sonrió ligeramente.

—Gracias por decir eso, Kevin, pero ya ves que no es posible.

—Tienes razón, no es posible. Y también tienes razón en lo otro. Es preferible la muerte a lo que nos espera en Atox.

Ingrid Gold se puso en pie y tomó la lanza.

—Levántate, Kevin.

Kevin Shore se irguió.

Ingrid le ofreció la lanza e indicó:

—Atraviésame con ella.

Kevin empuñó la lanza.

—No sé si podré, Ingrid.

—Tienes que hacerlo, Kevin. Piensa en lo que nos aguarda si no nos quitamos la vida. Eso te dará las fuerzas que necesitas.

—Es muy duro para un hombre matar a la mujer que ama.

—Lo sé; pero es preferible a verla convertida en bruja y manoseada por mujeres que solo conocen las caricias de otras mujeres. Seria asqueroso y repugnante.

—Sí, tienes razón.

—Adelante, Kevin —rogó Ingrid, cerrando los ojos.

Kevin cerró también los suyos y proyectó el extremo afilado de la lanza hacia el vientre de Ingrid.

CAPÍTULO XI

Ingrid Gold sintió que algo golpeaba contra su vientre, pero no podía ser la punta de la lanza, porque no se incrustó en sus entrañas.

Ni siquiera le hirió la piel del vientre, tan solo protegida por la delgada túnica blanca.

Ingrid abrió los ojos, extrañada.

Al instante dio un chillido.

Largo.

Agudo.

Histérico.

¡Kevin Shore no tenía en las manos la primitiva lanza, sino una serpiente!

¡Tan larga y tan gruesa como la lanza!

Kevin se hallaba perplejo.

Había abierto los ojos al notar que la recia lanza se tornaba blanda y viscosa en sus manos, en el instante en que intentaba clavarla en el vientre de Ingrid.

Su perplejidad, no obstante, solo duró un par de segundos, porque nadie se pone a buscar explicaciones lógicas con una serpiente de casi dos metros en las manos, cuya boca, además, ya buscaba el cuello del terrestre, para clavar sus dientes en él.

Kevin arrojó la serpiente a la fogata.

El bicho se retorció, con la boca abierta de par en par, al sentir la dolorosa mordedura de las llamas en todo su cuerpo.

Bueno, *esa* impresión dio, al menos.

La realidad era bien distinta.

No era una serpiente lo que Kevin Shore acababa de arrojar al fuego, sino un palo largo y grueso, con uno de sus extremos afilado.

Y el palo ardió.

Fue entonces cuando la falsa imagen de la serpiente desapareció

y apareció la auténtica, la del palo ardiendo.

Kevin e Ingrid se quedaron boquiabiertos.

Durante casi dos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a mirar cómo la lanza se quemaba.

Kevin fue el primero en hablar:

—Otra jugarreta de Zelda.

—Convirtió la lanza en serpiente… —murmuró Ingrid, que todavía no se había repuesto del susto.

—Sí, por unos segundos. Los suficientes como para que yo no pudiera atravesar tu vientre con ella.

—Zelda no quiere que nos matemos.

—No, no quiere. Tú tenías razón, Ingrid. Nos necesita con vida. A los dos.

—Nuestra suerte está echada, pues.

—Se me está ocurriendo algo, Ingrid.

—¿El qué?

—Regresaremos al templo y le haré una proposición a Zelda.

—¿Qué clase de proposición?

—Le pediré que te devuelva a nuestra dimensión, a tu camarote de *La Reina del Espacio*.

Si lo hace, yo aceptaré vivir con ella y complacerla en todo.

—No necesita devolverme a mí a la astronave para conseguir eso de ti, y tú lo sabes.

—¿Es que no te has dado cuenta todavía, Ingrid? Zelda no quiere obligarme a hacerle el amor, desea que yo me arroje en sus mórbidos brazos voluntariamente. Por eso no ha hecho uso de sus poderes, en ese sentido.

—Sí, es posible que tengas razón. En cualquier caso, no aceptará tu proposición, Kevin.

—¿Por qué no, Ingrid? Ella me quiere a mí, no a ti. A ti solo te trajo a Atox porque sabe que yo te amo, y que haría cualquier sacrificio por ti. Como el de someterme a sus deseos, por ejemplo.

Ingrid le apretó los brazos.

—No quiero que lo hagas, Kevin.

—Es necesario, Ingrid.

—No deseo abandonar Atox, si tú te quedas aquí.

—Yo no puedo abandonarlo de ninguna de las maneras, Ingrid. Lo sabes perfectamente.

—Entonces, nos quedaremos los dos.

—¿Ya no te importa convertirte en bruja, tener una hija bruja, y soportar las asquerosas caricias de las demás brujas?

Ingrid sintió un estremecimiento.

Kevin la abrazó.

—Te quiero, Ingrid, y deseo evitarte todo eso. No es justo que sufras tan horriblemente porque Zelda se haya encaprichado de mí.

—Tampoco es justo que tú te conviertas en su esclavo por salvarme a mí, Kevin.

—Seré su esclavo de todos modos, nada ni nadie podrá evitarlo.

—Kevin… —sollozó Ingrid.

—No llores, por favor. Si algo no puedo resistir, son las lágrimas de una mujer.

—¿Por qué nos habrá tocado a nosotros vivir esta horrible pesadilla? Estábamos en mi camarote, tan felices. Tú ya me habías confesado que yo te gustaba, y yo me sentía muy contenta, porque me habías caído bien desde el primer momento, cuando llegaste con la botella de champaña y esa historia del misterioso caballero que te habías inventado. Por eso me dejé besar y acariciar por ti. Hubiéramos pasado una noche maravillosa, si la zorra de Zelda no…

—Todavía podemos pasarla, Ingrid.

—¿La noche maravillosa?

—Sí.

—¿Acaso ya…?

—No, sigo inutilizado para hacer el amor. Pero le pondré esa condición a Zelda: que antes de devolverte a *La Reina del Espacio*, me permita hacerte mía.

—No accederá.

—Tendrá que acceder, si quiere que luego la complazca a ella voluntariamente.

—Ojalá, Kevin. Viviríamos intensamente cada minuto de ese tiempo, y yo jamás lo olvidaría.

—Ni yo.

Se besaron.

Con más ganas que nunca.

De pronto, Kevin se dio cuenta de que el terrible viento había cesado, y eso le hizo interrumpir el beso.

—Mira, Ingrid… —señaló la entrada de la cueva.

—Ha cesado el viento… —murmuró ella.

—Buena señal.

—¿Por qué?

—Significa que Zelda está de acuerdo en lo que hemos hablado, y quiere que volvamos al templo.

—Me asusta volver allí, Kevin.

—Esta vez todo irá bien, ya verás.

—No me fío de Zelda.

—Te devolverá sana y salva a *La Reina del espacio*, te lo prometo.

Ingrid siguió teniendo sus dudas, pero no insistió.

Kevin se vistió en unos segundos.

—Vámonos, Ingrid —dijo, cogiéndola de la mano.

Salieron de la cueva.

Los árboles seguían quietos.

Cualquiera diría que minutos antes habían sido agitados con tanta violencia.

Kevin e Ingrid caminaron por entre ellos, en dirección al templo.

Lo alcanzaron.

La puerta estaba cerrada.

Kevin levantó la pesada aldaba y la dejó caer, repitiendo la acción.

Pasó un minuto.

Dos.

Tres…

—Zelda no se da mucha prisa en abrir —rezongó Ingrid.

Kevin llamó de nuevo.

Ingrid, intranquila, giró la cabeza.

Fue una acción muy oportuna, pues le permitió descubrir la silenciosa aparición de una araña gigante, seguramente la misma que burlaran cuando se introdujeron en el templo.

—¡Kevin! —chilló la joven, sintiendo que le flaqueaban las piernas.

Kevin se volvió en el acto, descubriendo también a la bestia.

Abrazó a la muchacha, que amenazaba con desplomarse.

—No temas, Ingrid.

—¡Ahora no tienes la lanza, Kevin! ¡No puedes hacer frente a ese

horroroso animal!

—Zelda no permitirá que nos destroce.

—¿Estás seguro?

—Nos quiere vivos. ¿Lo has olvidado ya?

—No, pero… Ingrid se calló.

Ya no podía hablar.

El terror paralizaba sus cuerdas vocales.

Y es que la monstruosa araña corría hacia ellos, lanzando estremecedores rugidos y abriendo y cerrando las temibles pinzas de sus quelíceros.

Se aproximaba con tanta rapidez, que Kevin empezó a dudar que Zelda les abriera la puerta del templo a tiempo.

Veinte metros.

Quince.

Diez…

Y la puerta seguía cerrada.

Kevin, viéndose ya a la espeluznante bestia encima, tomó velozmente a Ingrid en brazos.

Iba ya a echar a correr con ella cuando algo muy parecido a un rayo cayó sobre la gigantesca araña, convirtiéndola en una bola de fuego.

El animal se retorció, entre espantosos rugidos, mientras un nauseabundo hedor impregnaba el ambiente.

El bicho, carbonizado, dejó muy pronto de moverse, pero el fuego siguió consumiendo su cuerpo muerto.

Ingrid Gold, estremecida, musitó:

—Qué horror, Kevin…

—¿No te dije que Zelda no permitiría que la araña gigante nos destrozara? La ha carbonizado, con su terrible poder —repuso Kevin Shore.

—Cada vez le tengo más miedo a esa mujer, Kevin.

—Y yo, lo confieso.

En aquel instante se abrió la puerta del templo.

Lentamente y sin el menor ruido, como de costumbre.

Zelda apareció ante ellos.

Tranquila.

Sonriente.

Dando la impresión de que se había divertido mucho con el mal

rato que acababan de pasar Kevin e Ingrid.

Con el de ahora, y con los de antes.

Era así de perversa.

—Adelante, terrestres —invitó, con un brillo muy especial en la mirada.

CAPÍTULO XII

Kevin Shore dejó a Ingrid Gold en el suelo, y ambos penetraron en el templo, cuya puerta se cerró sin que Zelda moviera un solo dedo para ello.

En el templo, en aquel momento, no había más bruja que ella.

Todas las demás habían desaparecido.

Antes de que Kevin tuviera tiempo de hablar, la reina de las brujas lo miró y dijo:

—Acepto tu proposición, terrestre.

—¿Devolverás a Ingrid a *La Reina del Espacio*? —preguntó él.

—En cuanto tú me lo pidas.

—¿Y dejarás que pase unas horas con ella, antes de que abandone Atox?

—Toda la noche, si quieres.

—¿Me das tu palabra?

—La tienes.

—¿De mujer o de bruja?

—Las dos, para que te quedes más tranquilo.

—Está bien, Zelda; voy a fiarme de ti. Pero quiero advertirte que si jugaras sucio…

—Yo siempre juego limpio, Kevin.

—No seas cínica.

Zelda rio.

—Tienes razón, contigo jugué sucio una vez. Pero no volverá a suceder, te lo prometo.

—Será mejor para ti.

—Seguidme, terrestres —rogó Zelda, echando a andar hacia la puerta secreta, que permanecía abierta.

Kevin e Ingrid, cogidos de la mano, fueron tras ella.

Mientras caminaban, observaron la imagen del dios Notbar.

Ingrid revivió mentalmente los angustiosos momentos en que

ella, desnuda y con las piernas separadas, yacía a los pies de aquel siniestro dragón de tres cabezas, y sintió que se le erizaba el vello de todo el cuerpo.

Apretó la mano de Kevin.

Este, adivinando lo que Ingrid pensaba, oprimió la de ella a su vez.

Alcanzaron la puerta secreta y la cruzaron.

Zelda la cerró, accionando el disimulado resorte.

Descendieron los tres por la estrecha escalera de caracol.

Una vez en la sala semicircular, Zelda se adentró en el mismo túnel de la otra vez, y Kevin e Ingrid, siempre cogidos de la mano, la siguieron.

La reina de las brujas se detuvo frente a la puerta de la habitación que destinara a Kevin.

—Podéis entrar, terrestres —indicó, abriendo la puerta.

Kevin e Ingrid penetraron en la habitación.

Zelda, sonriente, deseó:

—Que gocéis mucho, terrestres.

—¿Seguro que podremos, Zelda? —preguntó Kevin.

—Oh, eso es cosa vuestra.

—Y tuya, también. Y ya sabes a qué me refiero.

Zelda sonrió con malicia.

—Te pondrás en forma en seguida. ¿No es así como vosotros lo llamáis?

—En la cueva también me puse en forma en seguida, pero la perdí cuando más falta hacía mantenerla —rezongó Kevin.

—Esta vez no la perderás, terrestre, porque yo me mantendré al margen.

—A ver si es verdad.

Zelda cerró la puerta, dejándolos solos.

Ingrid murmuró:

—¿Te fías, Kevin?

—¿De Zelda?

—Sí.

—No, pero estoy convencido de que esta vez jugará limpio, porque le conviene.

—No me gustó nada el brillo que tenía su mirada.

—Hay un modo de averiguar si fue sincera o no.

—¿Cuál?

Kevin cogió la túnica que llevaba puesta Ingrid y tiró de ella hacia arriba, hasta sacársela por la cabeza a la muchacha, que quedó desnuda ante él.

Después, la abrazó y la besó, recorriendo con sus manos el cálido cuerpo femenino, que se estremeció desde el cabello hasta las uñas de los pies.

Cinco minutos más tarde, Kevin tendía a Ingrid sobre el extraño, pero cómodo lecho, y se desvistió rápidamente, hasta quedar tan desnudo como ella.

Y muy en forma, de eso no cabía la menor duda.

Entonces, se echó con delicadeza sobre la muchacha, cuyos ojos brillaban ahora de deseo y de excitación.

—Kevin, amor mío… —susurró Ingrid, abrazando la espalda masculina.

—Llegó el momento de saber si Zelda juega limpio o no —murmuró Kevin, y la penetró, lenta y hondamente.

Ingrid lanzó un gemido y después un largo suspiro.

Se aferró con más fuerza a Kevin.

Este comenzó a moverse dentro de ella, sin dejar de besarla y de acariciarla sabiamente.

Ingrid, entre jadeos y suspiros, empezó a decir cosas.

Eran frases ahogadas, que Kevin no podía descifrar, pero que le recordaron las palabras que pronunciaran las dos docenas largas de brujas jóvenes cuando, postradas en torno al altar del templo, pedían al dios Notbar que depositase el germen de la vida en el vientre de Ingrid.

Kevin levantó la cabeza y miró a la joven.

Se tranquilizó al ver que era Ingrid la mujer que gozaba bajo él, con los ojos cerrados y la boca entreabierta y temblorosa.

Por un momento, había temido que Zelda, haciendo uso de su poder, hubiese ocupado el sitio de Ingrid.

No era así, y Kevin reanudó los movimientos copulatorios, los besos y las caricias, hasta alcanzar el orgasmo, que los agitó a los dos al mismo tiempo, prolongadamente.

Ingrid gritó de placer y pronunció un par de palabras.

Fuertes y claras, esta vez.

Kevin quedó muy quieto sobre ella, pero no relajado, sino tenso.

Con aquellas dos palabras clavadas en su cerebro.

No habían sido pronunciadas en lengua terrestre.

Kevin levantó de nuevo la cabeza y miró a la mujer que, absolutamente desfallecida, yacía bajo su cuerpo.

Tenía el pelo de Ingrid, el rostro de Ingrid, el cuello de Ingrid, los hombros de Ingrid y los pechos de Ingrid, pero no era Ingrid.

¡Era Zelda, que había adoptado el rostro y la figura de Ingrid, para gozar de él plena e intensamente!

¡Se había delatado con aquellas dos palabras, pronunciadas inconscientemente en el momento del éxtasis!

Kevin, rojo de cólera, aprisionó el cuello de la falsa Ingrid y comenzó a apretar.

—¡Maldita víbora! —rugió.

Ella abrió los ojos de golpe y le miró, como muy sorprendida.

—¡Kevin!

—¡No pronuncies mi nombre, perra!

—¡Soy Ingrid, Kevin!

—¡Eres Zelda!

—¡No!

—¡Te voy a estrangular, zorra asquerosa!

La puerta se abrió de pronto.

Con brusquedad.

Kevin, ciego de ira, no reparó en ello.

Pero sí oyó el estremecedor rugido.

Los estremecedores rugidos, mejor dicho, porque fueron tres.

Lanzados casi a la vez.

Kevin giró la cabeza.

Se quedó helado de horror al descubrir al monstruoso ser que acababa de irrumpir en la habitación.

Y eso que Kevin ya lo había visto antes.

Pero tallado en piedra y quieto sobre el altar del templo, no vivo y en movimiento.

Sí.

Era Notbar.

El dios de las brujas que habitaban en Atox.

El escalofriante dragón de tres cabezas, que había cobrado vida y venía a dar un castigo ejemplar a alguien que, según él, se lo merecía.

Y esa persona no era otra que Zelda, la reina de las brujas, que acababa de gozar con un hombre, suplantando con su poder a la mujer que este amaba.

CAPÍTULO XIII

Kevin Shore había dejado de ejercer presión con sus manos sobre el cuello de la falsa Ingrid Gold, y contemplaba, paralizado, la horripilante figura del dios Notbar.

Zelda también lo miraba, igualmente paralizada, y fue tal el terror que le produjo la aparición de su dios, que abandonó el físico de Ingrid Gold y adquirió el suyo, transfiguración que tuvo lugar en una fracción de segundo.

—Notbar… —pronunció, con voz estrangulada.

El dragón lanzó otro triple rugido y soltó un violento coletazo, golpeando a Kevin Shore en el costado.

El joven, que seguía encima de Zelda, entre las separadas piernas de esta, rodó como una pelota por el suelo de la habitación, quedando medio aturdido al chocar contra la rojiza pared.

Pero lo suficientemente consciente como para presenciar, y recordar mientras viviese, lo que ocurrió después.

Fue horrible.

Espantoso.

Estremecedor…

La hermosa Zelda, que temblaba sobre el lecho, suplicó en su lengua:

—Perdóname, poderoso Notbar. Devolveré a la pareja de terrestres a su dimensión, a la astronave en la que viajaban, y jamás volveré a traer a nadie más a Atox. No volveré a entregarme a un hombre. Solo tú tienes derecho a depositar el germen de la vida en nuestros vientres, porque tú nos creaste. Perdóname por haberlo olvidado. No volverá a suceder, te lo prometo.

Pero el dios Notbar no perdonó a la reina de las brujas.

Sus tres bocas lanzaron sendas llamaradas, que cayeron sobre el seductor cuerpo de Zelda, abrasando su sensual rostro, sus hermosos pechos, su terso vientre, su sexo, sus largos muslos…

El alarido que lanzó la desgraciada, una fracción de segundo antes de retorcerse estremecedoramente sobre el lecho, fue desgarrador.

Quedó por un instante boca abajo, arañando el lecho.

El dios Notbar, implacable, echó de nuevo fuego por sus tres bocas.

Zelda aulló nuevamente cuando las llamas abrasaron su espalda, sus redondas y levantadas nalgas, la cara posterior de sus muslos…

Por suerte para ella, se desvaneció de dolor y dejó de sufrir y de retorcerse.

El dios Notbar lanzó un triple rugido y salió de la habitación.

Kevin Shore, terriblemente impresionado, se puso en pie con lentitud.

Miró el abrasado cuerpo de Zelda.

Nada podía hacer por ella.

Pensó en Ingrid.

¿Dónde estaría?

Tendida frente al altar del templo, pareció responderle una voz extraña y misteriosa, que no captaron sus oídos, sino su cerebro.

Kevin no perdió ni un segundo más.

Se vistió con prontitud y abandonó la habitación.

Cruzó el túnel con rapidez y ascendió por la escalera de caracol, alcanzando el templo, cuya puerta secreta no tuvo ninguna dificultad en abrir, por saber dónde se hallaba el resorte que la ponía en movimiento.

Efectivamente.

Ingrid Gold yacía frente al altar, desnuda, con los ojos muy abiertos y las piernas separadas. Estaba muy pálida, y toda ella temblaba perceptiblemente.

Kevin corrió hacia la aterrada muchacha y la tomó en brazos.

—Ingrid…

Ella movió la cabeza lentamente y miró hacia el altar, clavando sus dilatados ojos en la imagen del dios Notbar.

—El dragón cobró vida y se bajó de ahí, Kevin… —musitó, con voz apenas audible.

—Lo sé.

—Creí morirme de espanto, porque pensé que iba a depositar el germen de la vida en mi vientre y convertirme en bruja, pero no me

tocó…

—No bajó por ti, sino para castigar a Zelda, sospecho que por haberse entregado a un hombre. Y el castigo ha sido terrible. Abrasó totalmente su cuerpo. Creo que Zelda morirá, a causa de las espantosas quemaduras. Y tal vez sea mejor así, porque vivir con un cuerpo tan monstruosamente desfigurado por el fuego, debe ser horrible.

—¿Le hiciste el amor, Kevin?

—Sí; pero porque creía que eras tú. Zelda adoptó tu cara, tu cuerpo…

—Entiendo.

—Descubrí la verdad cuando, en el momento del orgasmo, se le escaparon un par de palabras en su lengua. Entonces comprendí que no eras tú, sino Zelda, que te había suplantado sin que yo me diera cuenta.

—Sucedió cuando me tendiste, desnuda, sobre el lecho. Mientras tú te desvestías. Yo me encontré de pronto aquí, frente al altar, sin poderme mover ni gritar. Inmediatamente sospeché que había sido cosa de Zelda. Estaba segura de que no iba a jugar limpio.

—Lo ha pagado bien caro.

—¿Qué va a pasar ahora, Kevin? Si Zelda muere, ¿quién nos devolverá a nuestra dimensión?

Kevin miró la imagen del dios Notbar.

—Él puede hacerlo, si quiere. Es mucho más poderos que Zelda —repuso.

—¿Querrá, Kevin?

Todavía flotaba en el aire la pregunta de Ingrid Gold, cuando ella y Kevin Shore sufrieron una especie de repentino desvanecimiento, cayendo al suelo, donde quedaron inmóviles, con los ojos cerrados.

EPILOGO

Ingrid Gold abrió los ojos.

Lo primero que vio fue el techo del camarote.

Dio un respingo de alegría.

¡Se encontraban en *La Reina del Espacio*!

¡Habían vuelto a su dimensión!

¡El dios Notbar los había devuelto a la astronave, con su poder!

Ingrid incorporó su desnudo torso y buscó a Kevin Shore con la mirada.

Lo halló cerca de ella.

Rendido en el suelo del camarote.

Inconsciente, todavía.

Ingrid descubrió también su brillante bata, su camisón lila, y el sucinto pantaloncito que hacía juego con él. Yacían en el suelo, a su lado.

El dios Notbar, por lo visto, no había querido que quedase ni rastro en Atox de la pareja de terrestres.

Ingrid se puso el pantaloncito y el transparente camisón, pero no la bata.

¿Para qué?

Ni siquiera aquello iba a conservarlo mucho tiempo.

Eso esperaba, al menos.

Aunque, a lo mejor, después de haber hecho el amor con la ardiente Zelda, Kevin no tendría ganas de repetir…

Pronto lo sabría.

Ingrid gateó hacia Kevin y le palmeó las mejillas.

—Kevin… Despierta, Kevin.

El joven abrió los ojos.

—Ingrid… —pronunció quedamente.

Ella le besó, radiante de alegría.

—¡Hemos vuelto, Kevin! ¡Estamos en *La Reina del Espacio*! ¡El dios Notbar nos ha devuelto a nuestra dimensión!

Kevin Shore irguió el torso y miró a su alrededor.

—Es cierto, este es tu camarote…

—El dios Notbar era bueno, Kevin. Zelda, en cambio…

—Ella ya recibió su castigo.

—Un castigo terrible…

—Sí; espantoso.

—Kevin…

—¿Qué?

—¿Crees que nos hará caso alguien, cuando contemos lo sucedido?

—Es probable que no. Y, como no tenemos pruebas de nuestra fantástica aventura en otra dimensión, vale más que no hablemos con nadie de ello. Podrían tomarnos por locos, y encerrarnos en un manicomio, cuando regresemos a la Tierra.

—Tienes razón, Kevin; será mejor que no digamos nada. Aunque nosotros sabemos que la aventura ha sido real.

—Y tan real. Jamás olvidaré a las arañas gigantes, el monstruoso gusano, la lanza que se convirtió en serpiente, el siniestro templo, el dios Notbar, con su estremecedora imagen de dragón de tres cabezas…

—Tampoco olvidarás a Zelda.

—No, tampoco.

—Le hiciste el amor…

—Te lo hice a ti.

—No era yo, era Zelda.

—Con tu pelo, con tu cara, con tu cuerpo…

—Sí, era mi cuerpo, pero yo no sentí nada. Fue ella la que gozó de ti.

Kevin, que ya le estaba acariciando los senos por debajo del camisón, aseguró:

—Esta vez, Ingrid, nadie ocupará tu lugar.

—Eso espero, porque ya son varias las veces que has intentado hacerme el amor, y por unas cosas o por otras, siempre me has dejado con la miel en los labios.

—Es cierto, pero no volverá a repetirse.

—¿No te afecta para nada el haber hecho el amor con Zelda,

hace tan solo un rato?

—En absoluto. Yo soy muy hombre, Ingrid.

—Pues, en la cueva… —sonrió malévolamente ella.

—Eso tampoco lo olvidaré, por muchos años que viva. Qué ridículo me sentí.

—Y yo qué, despagada.

—Te resarciré con creces, te lo prometo.

—Ya estás tardando.

—Tienes razón, estoy hablando demasiado.

Kevin se puso en pie, tomó a Ingrid en brazos, y la llevó a la cama, donde la depositó con delicadeza.

Tan solo unos segundos después, el camisón y el pantaloncito lila yacían en el suelo, al igual que el traje, las botas y el *slip* de Kevin.

Este cubrió de caricias el hermoso cuerpo de Ingrid, a la que sentía palpitar y convulsionarse bajo él.

Cuando vio que ella se aferraba desesperadamente a su cuello, Kevin la penetró con lentitud, hasta lo más hondo, arrancándole un quejido de placer.

Kevin, socarronamente, preguntó:

—¿Sigues siendo tú, Ingrid?

—¡Sí!

—¿Seguro?

—¡Sí, sí!

—¿Puedo, continuar, entonces?

—¡Sí, si, sí!

Kevin Shore continuó, y esta vez no dejó a Ingrid Gold con la miel en los labios, sino maravillosamente satisfecha y relajada, después del intenso orgasmo.

Como debía ser.

F I N